que era también muy pasable.
Entonces, aquel tesoro
de desdenes se ablandó...
y entonces... entonces yo
hice *mutis* por el foro.
Que tal es mi verdadero
vía crucis, siempre triste;
cuando quise, no quisiste;
y ahora que quieres, no quiero.
Por estas barrabasadas,
que amor es diablo diré,
y ando siempre, y andaré
con el diablo á bofetadas.
Siempre astuto y marrullero,
las malas artes prefiere;
cuando yo quiero, él no quiere...
y quiere, cuando no quiero!
Y pues mis años no admiten
ya juegos de este tenor,
¡váyase al diablo el amor!...
si es que ustedes lo permiten.
Que sí lo permitirán,
¿verdad, niñas? Ya lo creo.—
No le dé jamás empleo
vuestro pecho á ese truhán.
No creáis á ese avechucho,
y atended un buen consejo
de quien ya va para viejo,
y le conoce muy mucho.
Cuando un cara relamida
os diga tierno: «*te amo,*»
decid primero: «*¡me escamo!*»
y escamaos en seguida.
Si más rendido y pringoso
él repite la faena,
ponedle una cuarentena
como á buque sospechoso.
Si es humilde, mala tos
á vuestro galán perdido;
que de agua que no hace ruido
se ha dicho: *¡líbrenos Dios!*
Si es ruidoso y bullanguero,
desconfiad luego todas:
que es perro de muchas bodas,
ó á lo más, perro faldero.
Si es serio el galán, ¡mucho ojo!
ése las mata callando;

si alegre, ruidoso y blando,
¡poco diente y mucho antojo!
Si alguno, como alma en pena,
os acosa el muy verdugo,
mucha labia y poco jugo,
¡cuarentena! ¡cuarentena!
Pero si habla de *casaca*,
lindo, feo, pobre ó rico,
agarradle bien del pico,
¡y dad al amor matraca!
Porque este infame traidor,
para mejor seducir,
siempre os excita á elegir...
¡y caer en lo peor!
No elijáis, niñas, si veis
que alguien de veras os ama:
amor es traidora llama...
¡sobre todo, no soñéis!
Fuego fatuo, luz mentida,
nunca son las ilusiones
de los tiernos corazones
la realidad de la vida.
Tened en cuenta, si asoma
amor por vuestros balcones,
que él maneja corazones
como pelotas de goma.
Sed con él desconfiadas,
hasta cierto punto... ¿no?
y no andaréis, como yo,
¡con el diablo á bofetadas!

CARLOS M. DE EGÓZCUE.

Buenos Aires, Abril de 1893.



SUPERSTICIÓN



—¿Te has casado con Ignacia?
¡ya, al verla en hora fatal,
derramando tanta *sal*
me temía esta *desgracia!*

—⟩⟨—

POR SI ACASO

DOLORA

—El día de la Justicia
hasta los mismos objetos
revelarán los secretos
que hoy esconde la malicia.—
Al oir esta noticia
del párroco de un lugar,
por si podrían contar
los secretos que alumbraron,
todas las niñas echaron
sus lamparillas al mar.

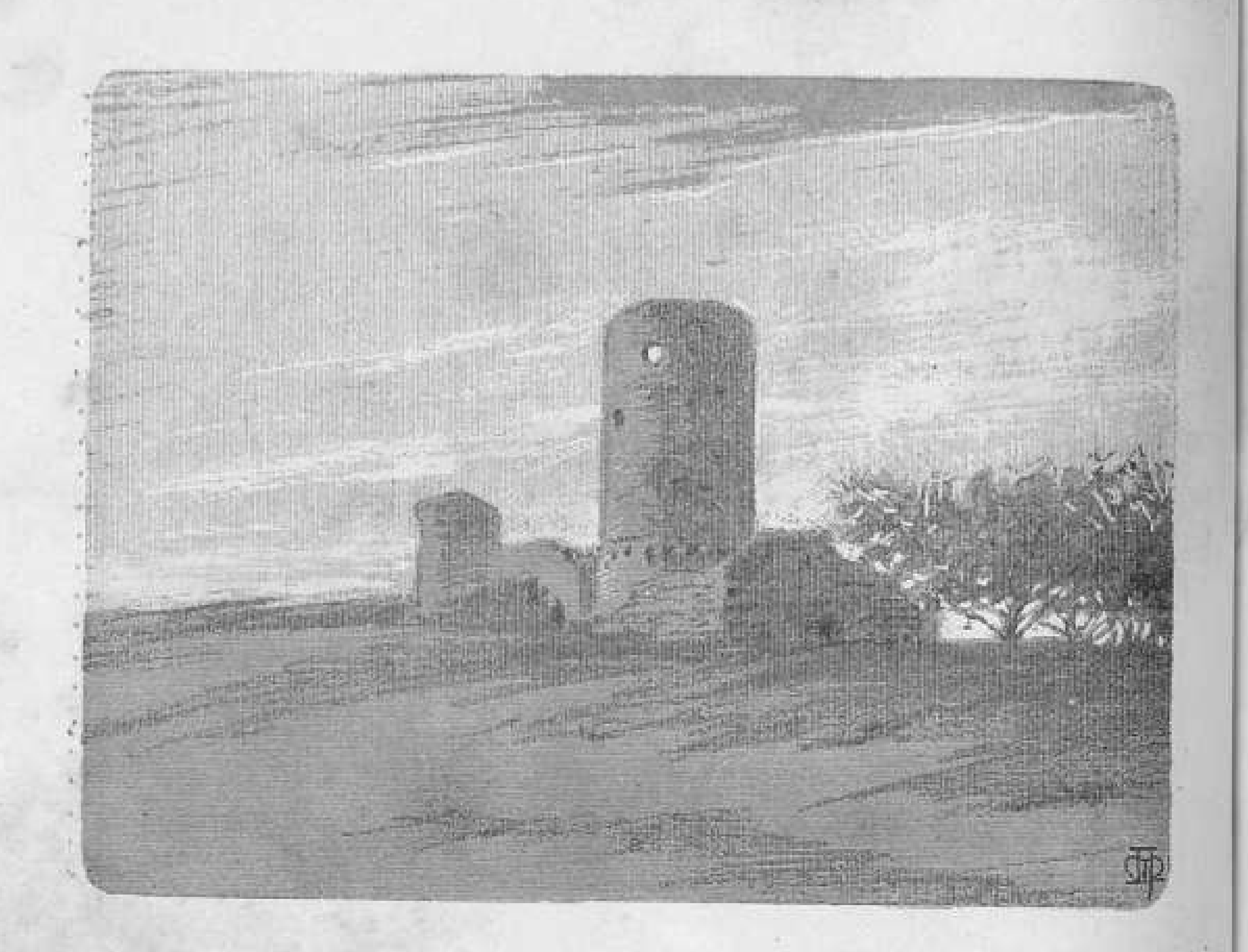
RAMÓN DE CAMPOAMOR.

1893.



Dr. D. Pablo De María

DISTINGUIDO JURISCONSULTO Y ESCRITOR URUGUAYO



CÁLOC

Á MI TÍA MARGARITA PUGA DE AMPUERO

En mi deseo de cumplir el ofrecimiento que tiempo há te tengo hecho, buscaba anoche, pluma en mano y sentada delante del pupitre, un tema que, siendo capaz de agradarte, me dejase satisfecha. Volaba mi imaginación cual traviesa mariposa, sin hallar una flor donde posarse, cuando de repente, y después de atravesar con rapidez un inmenso espacio sereno, azul, purísimo, fué á reclinarse, fatigada pero contenta, en un pintoresco rinconcito de nuestra querida «Pauca,» de ese pedazo de tierra cuyo solo nombre tantas y tan dulces emociones sabe despertar en el fondo de nuestro corazón; de ese pedazo de tierra que guarda los huesos de nuestros mayores y los más tiernos recuerdos de nuestra amada familia.

He escogido, pues, para tí un asunto íntimo, un asunto

que nos pertenece enteramente y que con sublime egoísmo podemos saborear. Estoy segura, no sólo de que tiene que gustarte, sino de que también ha de arrancar á tu pecho un suspiro triste como la ausencia, el cual, siguiendo la misma ruta que mi pensamiento anoche, irá á desvanecerse entre el carrizal que se balancea á orillas de ese inolvidable río en cuyas atropelladas ondas nos hemos sumergido muchas veces!... Pero basta; lee este modesto trabajo que mi alma te dedica, y supla tu privilegiada memoria lo que mi pluma no haya alcanzado á describir.

—

Saliendo de «Pauca» [1] por el camino de la «Centella,» después de recorrer ligera travesía desde la cual se ve blanquear el humilde campanario del vecino pueblo de Ucuncha y reverberar los rayos del sol en los nevados picos de los Andes, cual si hirieran los cascos de bruñida plata de formidables gigantes, entramos en un declive que al cabo de treinta minutos de marcha nos conduce al «Batán,» precioso vallecito surcado por un cristalino río que, con el poder de sus aguas, sustenta el molino que, reducido ayer á cenizas por vil mano, ha sido ya nuevamente edificado.

No se puede pasar por el «Batán» sin detenerse un rato; es imposible seguir la marcha sin interrupción. Salen á nuestro encuentro el molinero y su familia con sus acostumbrados agasajos; atraen nuestra atención los vastos alfalfares, despensa bien provista de numerosos caballos de raza allí estacionados; por fuerza hemos de fijarnos despacio en los grandes tunales de anchas paletas que brillan como otros tantos espejos de marcos dorados ó de rubíes.

El calor progresivo que se experimenta durante el camino, es ya considerabie al llegar al «Batán;» pero el aire puro de los campos orea dulcemente la frente sudorosa del viajero.

Siguiendo por entre extensos maizales, que cuando están en flor semejan plumajes de guerreros formados en batalla, llegamos á «Tunas-pata,» [2] linda meseta donde aún se ven

[1] Hacienda de la familia de la autora.
[2] Altura de las tunas.

los escombros de dos chozas abandonadas, habitación en otro tiempo de una recordada familia indígena, colona de la hacienda, que no existe ya. Estas ruinas, por humildes que ellas sean, no dejan de sugerirnos tristes reflexiones, y pensamos, al verlas, como pensaríamos al tropezar en las encrucijadas de Alemania con los soberbios vestigios de poderosos castillos señoriales: con diferencias más ó menos apreciables en la forma, el fondo es el mismo en los universales trastornos.

Supuesto que, como dice Pérez Galdós, «no hay torreón sin duende,» tampoco de consejas han de carecer. No se percibirán, á favor del solemne silencio de la noche, ni el crujir del puente levadizo, ni el chocar de las armas del cruel barón, ni el ¡ay! del castigado siervo, ni el ruido de las espuelas del noble; mas no ha de faltar quién, al pasar por «Tunas-pata,» haya escuchado un leve quejido ó haya visto brillar en el suelo la llama azulada de alguna misteriosa lucecita. Estos relatos se han de conocer en toda la comarca; porque los viejos sazonarán con ellos la pobre cena en las noches heladas del invierno, mientras la lluvia tala los campos, balan en el establo los ganados, las aves ateridas se refugian entre la paja del rústico techo, y el can medroso, atado al tronco vecino, lanza aullando su peculiar «¡alerta!» en vigilancia de la hacienda de sus amos.

El contento que nos acompaña hasta «Tunas-pata» parece encadenarse allí; enmudecemos, como si las francas expansiones de la alegría fueran una profanación á ese sitio antes poblado y ahora solitario. Los carcomidos cimientos de piedra y lodo, por entre cuyas hondas grietas asoma mustia, amarillenta, la hierba del olvido, quizás extrañan á sus antiguos moradores; tal vez se sienten conmovidos al roce de la rastrera alimaña; del añoso árbol, desnudo desde que no oye la bulla de alborotados muchachos que le demanden fresca sombra, sólo resta el tronco seco y una que otra casi desgajada rama, donde chirría siniestro el *guarapacpac,* y junto á la que fué cocina, todavía se ven las ennegrecidas *tullpas* [1] y el mortero abandonado, que parece echar de menos, con su

[1] Piedras del fogón.

corazón de roca, los ágiles brazos de la hacendosa campesina.

—

Pero luego que se ha traspuesto una colina y ha comenzado otra vez el descenso, se borra la melancólica impresión sufrida y cambian por completo las sensaciones: se ofrece á la vista «Cáloc» semiescondido en el hueco de una quebrada cercana, rodeado de altísimos y abruptos peñascales, como esmeralda medio oculta entre las hojas de acero de una corona feudal. Su belleza panorámica no es grande, como que es estrecho su horizonte. No brinda á lo lejos otro encanto que el del fuerte contraste: su imponderable verdura protesta enérgica y constantemente contra los agrios montes que la oprimen.

Por lo demás, á «Cáloc» hay que verlo de cerca para poder apreciar lo que vale; para comprender hasta dónde es hermosa la tupida arboleda que en conjunto desde lo alto se divisa, hay que pasear bajo su fronda benéfica y probar de sus delicados frutos; para sentir su gratísima influencia, hay que respirar su tibio ambiente de perfumes, hundir la cabeza en su pradera florida y soñar al arrullo de sus vagos y mitológicos rumores.

Conforme se avanza por el lento declive, viene á acariciar nuestro oído algo como el sonido lejano de célicos instrumentos, y aromas balsámicas cargan poco á poco el aire que nos envuelve. Parece que el ámbar, la mirra, el incienso, el estoraque, todos los betunes y resinas fragantes de la Arabia, mezclados, confundidos, amalgamados, por decirlo así, despidieran á nuestro rededor embriagadores vahos; sentimos la emanación suavísima del búcaro escondido; y hasta llegamos á creer que la odalisca, ungidos los cabellos, pulsa el arpa y entona sus canciones en el fondo del harem.

Involuntariamente buscan nuestros ojos bosques de sándalo y jardines orientales á los lados del camino; pero la vista choca con los abruptos cerros, de florecillas silvestres salpicados, y volvemos de la ilusión á la realidad. No son el Líbano ni el Carmelo los montes que atravesamos; esos indefinibles

olores, esas nunca oídas armonías, ese concierto misterioso de músicas y aromas, es el efluvio de «Cáloc» que sale á nuestro encuentro, que nos abre los brazos y nos convida á disfrutar los encantos de su paradisíaco suelo.

A poco, entramos en un llano donde el impetuoso grito del río apaga del campo los mil ruidos vagarosos. Cruzando el viejo puente, que lo domina, nos hallamos al comienzo de una larguísima calle de árboles en cuyo término blanquea la reducida y hoy deteriorada casita. Allí, al principio de la alameda, sin quererlo, acaso sin pensarlo, nos detenemos, por extraño sentimiento de contemplación dominados.

Las copas de los árboles, suavemente agitadas por el viento, hacen aire como inmensos abanicos, y sus ramas entrelazadas forman bóveda movible. Nada le falta para compararse á la imponente nave de un templo, y hasta la luz interceptada á trechos por el espeso follaje, pasa á iluminarla como al través de artísticas claraboyas.

Por bulliciosa que haya sido la marcha, al llegar á la alameda nos sentimos impresionados por su poderosa influencia; y de manera tan dulce nos subyuga, que nadie osaría sustraerse á ella; de modo que entramos en poético recogimiento, como se arroba el espíritu en sí mismo al penetrar en nuestros católicos santuarios, cuando densos penachos de oliente humo flotan ante el ara, y oleadas de mística armonía, partiendo del órgano, invaden el recinto y se mezclan al eco de las salmodias y al murmurar confuso de las oraciones.

En estrecha y fraternal unión viven allí abrazados, formando la vereda amena, el álamo gigante de escasa sombra; el sauce añoso de robusto tronco; el chirimoyo con sus flores de aroma delicioso y sus frutos de sabor riquísimo; ostentando negros y provocativos racimos, el frondoso capulí, al que se enlaza como buscando apoyo la trepadora granadilla, cuyos débiles sarmientos se doblegan al peso de multitud de globos de oro, y, en cambio de aquel favor, lo engalana vistiéndolo de frescas y rozagantes pasionarias; el plátano con su elegante figura de plumero, con sus hojas anchas, lustrosas, que se desenvuelven como jirones de flamante raso, entre las

cuales asoma apetitosa la panoja enorme; como gruesas gotas de granate, las maduras berengenas pendientes de sus apretadas ramas; y cien árboles más, ostentando todos realzada su majestad por los rosales y los jazmines, las enredaderas y los laureles intercalados con arte y simétrica disposición.

A ambos lados de la alameda está el terreno dividido en pequeñas secciones cercadas, ya por setos cubiertos de zarzas esmaltadas de jugosas moras, ya por bajas tapias coronadas de tunales: éste sembrado de varias raíces alimenticias con sus tallos florecidos, aquél de abigarrados pimientos; acá se levanta erguida la rica caña de azúcar; allá se eleva el cafetal en miniatura con sus arbustos, blancos unos como el del jazmín, otros, como el de la laca, cuajados de infinitas cuentas rojas. Junto á la casita está el huerto poblado de manzanos, perales, higueras, granados, naranjos, limoneros y tantos otros árboles frutales de exuberante lozanía, escalados por vides que en pingües gajos ostentan las suculentas uvas, habiéndose empleado no menos esmero en cultivar el ángulo destinado á la hortaliza.

Vistas de una vez, estas preciosas secciones presentan el más risueño espectáculo. Parecen verjeles deliciosos; y se diría que las ninfas Meliseas, al pasar sobre ellos en rápido vuelo, asidas de las manos, vaciaron su rebosante cornucopia.

Nuestro paseo favorito, durante las serenas tardes de primavera, era el cerrito vecino, donde pastan escuadrones inmensos de babosos caracoles y desde cuya cima se domina todo el campo como un hermosísimo lago de aguas quietas y dormidas. ¡Qué bello es este alcor cubierto de enanas *pencas*, arrayanes y retamas! No parece sino una lomita artificial, de esas formadas por la sencilla piedad cristiana para conmemorar la venida del Mesías, y que llamamos *Nacimientos*.

En los ardientes días del verano, encaminábamos nuestros pasos hacia el «Salón,» corpulento y ramoso chirimoyo capaz de albergar á toda una tribu, semejante á glorieta ó pabellón hospitalario, besando cuyo tronco serpentea un mansísimo y cadencioso arroyuelo. ¡Cuántas veces nos sirvió de tocador; y allí, colgado el espejo, cual de bronceada escarpia, de al-

guna rota y seca rama, y convertido en grande aljofaina el lecho de sus claras linfas, al través de las cuales lucen los guijarros como piedras preciosas tras los vidrios de un escaparate, arreglamos nuestros cabellos y refrescamos nuestra frente calurosa! ¡Cuántas otras, recostadas sobre ese suelo alfombrado de hojas amarillentas, lo transformamos en gabinete de lectura, y respirando un ambiente delicioso, empapamos nuestro espíritu en las exhalaciones de la filosofía y la literatura! Allí abrimos por primera vez, á favor de la tranquilidad que tan encantados sitios nos ofrecían, la monumental obra de Balmes, con que un tierno amigo, ya difunto, nos obsequiara; allí también leímos el *Ivanhoe* de Walter Scott, ese libro maestro del gran novelista inglés, y, lo recordamos conmovidas, ora repetíamos con la hermosa é infeliz Rebeca aquel himno de su errante pueblo que principia:—«Cuando Israel salía del cautiverio que sufrió humillado,» etc.,—ora entonábamos con Ricardo Corazón de León estos versos cantados por él en el camino del bosque:

«Despierta, Juana,
no más dormir;
que el alba sale
con su carmín.
»Deja ya el lecho:
sal á lucir
la faz de rosas
y de marfil.
»Con tus miradas,
haz revivir
al que se muere
de amor por tí.»

En ocasiones, merecían nuestra predilección las riberas del río, tapizadas de césped blando y corto, tachonado de fresas silvestres esparcidas con profusión como innúmeras cuentas de coral. Vagábamos allí solitarias, cogiendo flores, casi siempre en matinal excursión, ó, sin apartarnos de la playa, íbamos á descansar en el cafetalito «Carolino,» tan simpático, por su nombre, á nuestro corazón, y uno de los más recreativos sitios de aquel edénico lugar.

El «Pozo» es asimismo encantador y parece construído por la hábil mano del hombre, siendo como es hechura de

ese arquitecto inimitable que se denomina la naturaleza. Lo amurallaban árboles espesos que, extendiendo sus ramas en amistoso ademán, se abrazan y forman toldo, del cual se desprenden largas colgaduras que se mueven á impulsos de la brisa, como si fueran cortinas de brocato.

Al dejar el baño, que es tan grato en los países cálidos, se hace indispensable un rato de reposo; y sentimos á Morfeo muy cerca, y el batir de sus alas nos adormece. Además, la fresca grama que guarnece las orillas, parece convidarnos á que la hundamos bajo el peso de nuestro cuerpo; creemos oir su voz delicada que nos dice: — « Echaos y descansad: no hay mullido lecho que compararse pueda con mi aterciopelada felpa.» — Y dando gusto á Morfeo, obedeciendo á la grama y complaciéndose á sí misma, hay que tumbarse en el tapizado suelo y reclinar la cabeza, como en blando almohadón, en el tronco de un árbol cuya copa piramidal cumplirá el oficio de palio bienhechor.

Entonces dirigimos la incierta mirada de nuestros ojos entreabiertos, ya á los festones y guirnaldas naturales que se entretejen sobre nuestra frente, ya al cielo puro y límpido que asoma como por las ventanillas y rosetas de un dombo inmenso, ya á las aguas que, ó resbalan perezosas como intentando congelarse, ó se arremolinan en pequeñas cascadas bordadas de bullente espuma, blanquísima y traviesa, la cual les comunica el aspecto que tendrían si una familia de cisnes nadase sobre sus ondas, ó si una parva de tímidas palomas, al bañarse en ellas, les dejara crespas y sedosas plumas de su pecho. Poco á poco el poder creador de la imaginación exaltada va imponiéndose con prestigio inusitado y presentándonos un país liliputiense. Ayudados del poderoso lente de la fantasía, vemos en cada grupo de diligentes hormigas que merodean en los cortos parajes donde los vapores del río pugnan por impedir el espontáneo brote de la vegetación, una caravana sedienta que conduce sus mercancías á través de los latos y temerosos desiertos; en cada muchedumbre de microscópicos animalillos, un aduar beduino ó una tribu emigradora; y para que la ilusión sea completa, cada hongo apa-

rasolado se nos antoja una blanca tienda desplegada en medio de los retostados arenales. Todo empieza á crecer como por milagro y los objetos llegan á tomar colosales proporciones, á alcanzar una magnitud asombrosa: miramos cual si fueran enormes rocas á las menudas piedrecillas; nos parecen enmarañadas selvas primitivas los humildes musgos; y las hojas secas y medio encarrujadas que flotan en la superficie del agua, creemos que son ligeras embarcaciones que atraviesan á nuestro lado, y hasta resuena en nuestro oído la sentida barcarola del gondolero; y concluyendo por dormirnos enteramente, disfrutamos de los más agradables sueños.

Si es grato ver á «Cáloc» en una alegre mañana de primavera, cuando nubes de color, como grandes madejas de seda, lamen la alta techumbre de los cielos y el rosicler de la aurora ilumina con sus inimitables tintas el paisaje; cuando enjambres de pintadas mariposas revolotean en torno de las flores y, asentadas en los delicados pétalos, liban la miel de sus cálices; cuando los tordos trinadores y mil otras parleras avecillas sacuden las alas cubiertas de rocío, agregando los acentos de sus gargantas al himno sonoro que entona la creación, y muchedumbre de madrugadoras torcaces se alejan por los aires; si es grato, decimos, verlo así, al despertar; si son hermosos sus días abrasados por el sol; si son bellas sus tardes apacibles; nada hay que parangonarse pueda con el encanto de sus noches, cuando la luna llena lo envuelve en redes de cristal. Muchas veces, sentadas sobre un rústico banco en el patio de la casita, rodeadas de árboles y flores, hemos sumergido nuestros sentidos en esa mágica somnolencia que es el velar sublime del espíritu, nos hemos reconcentrado; porque ¡qué orquesta más sentimental pudo escucharse nunca!... La queja eterna del río, como los ayes unísonos y prolongados de cien cautivos que arrastrasen lentamente gruesa cadena de plata, parece hacerse más clara y perceptible en medio del solemne sosiego que impera sobre el mundo; el murmurio del arroyo que va á morir, humilde tributario en el seno de su opulento señor; los débiles pitidos de aves ocultas en la enramada; el desapacible chillido de los

insectos que corren bajo la hierba, y de cuando en cuando el chirriar de la agorera lechuza en el hueco de una peña, ó el graznido del buho allá en el *tocac* distante, centinela de la loma, ó el silbido de la culebra que se arrastra entre el cañaveral; todo esto reunido en una sola estrofa, en un único canto, por decirlo así, embelesa con seducción irresistible, levanta y subyuga al mismo tiempo.

Como chispas arrebatadas por el viento al inflamado fondo de una hoguera, las luciérnagas brilladoras vuelan entre las espesas copas de los árboles, hasta donde no penetran los pálidos rayos de la reina modesta de la noche. A favor de esa extraña luz pueden verse los palacios destinados por la filomela y el gorrión á abrigar sus hijuelos y que se llaman nidos.

Y en todas partes se nota un no sé qué poético, tierno, melancólico, propio de «Cáloc,» que le es peculiar, que es sólo suyo, que le pertenece por modo exclusivo, y que se aspira en su ambiente, que es como su hálito, que se desprende de su río caudaloso, de sus húmedas hierbas, de su cielo azul siempre sereno; y que parece traer á la memoria algo incierto, vago; algo como la remota idea de otra vida mejor, desvanecida entre los vapores de un sueño infantil, y que nos suspende como con bandas de gasa, y entre caricias de genios alados nos transporta al Edén perdido de nuestros mayores.

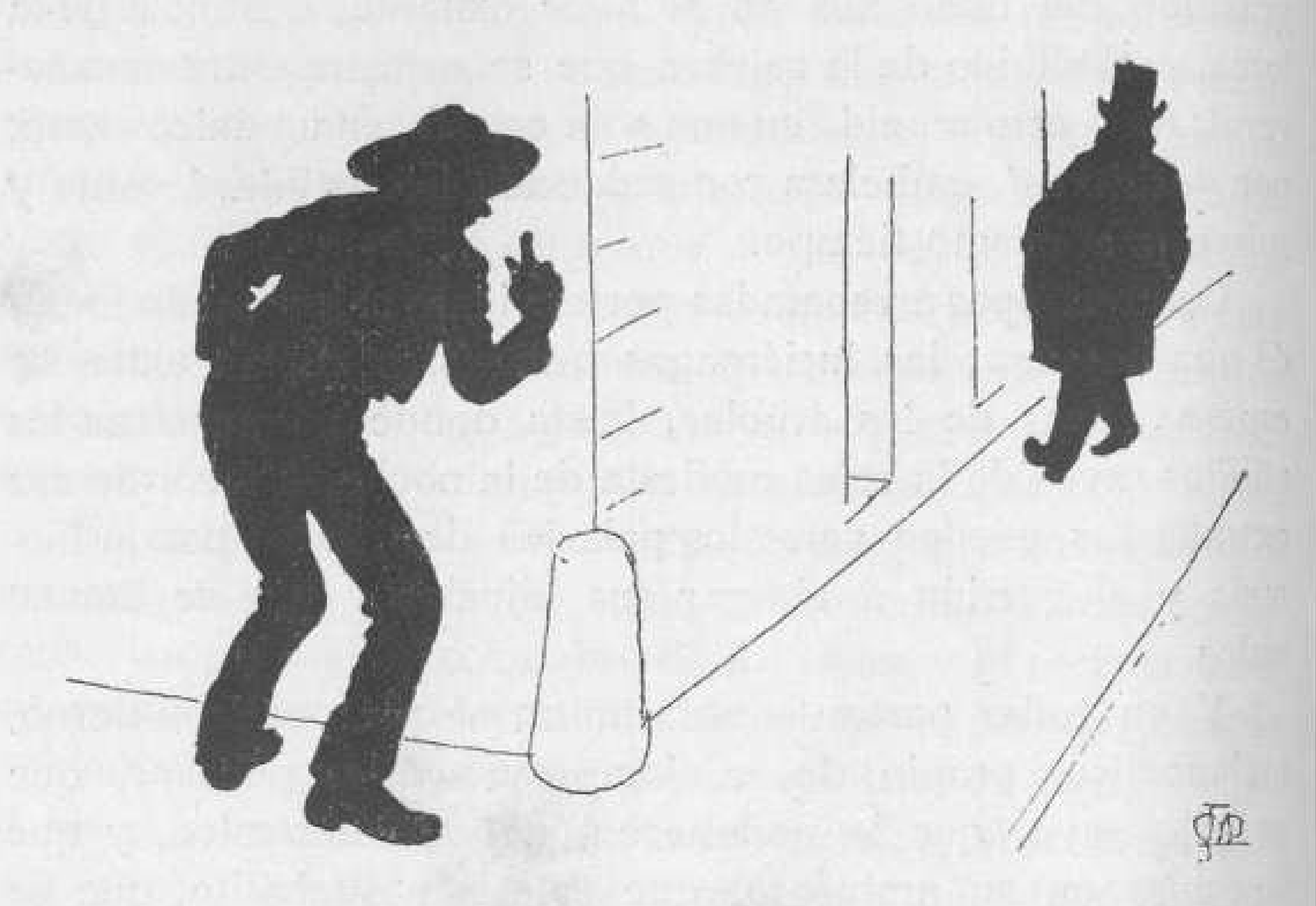
AMALIA PUGA.

Lima.

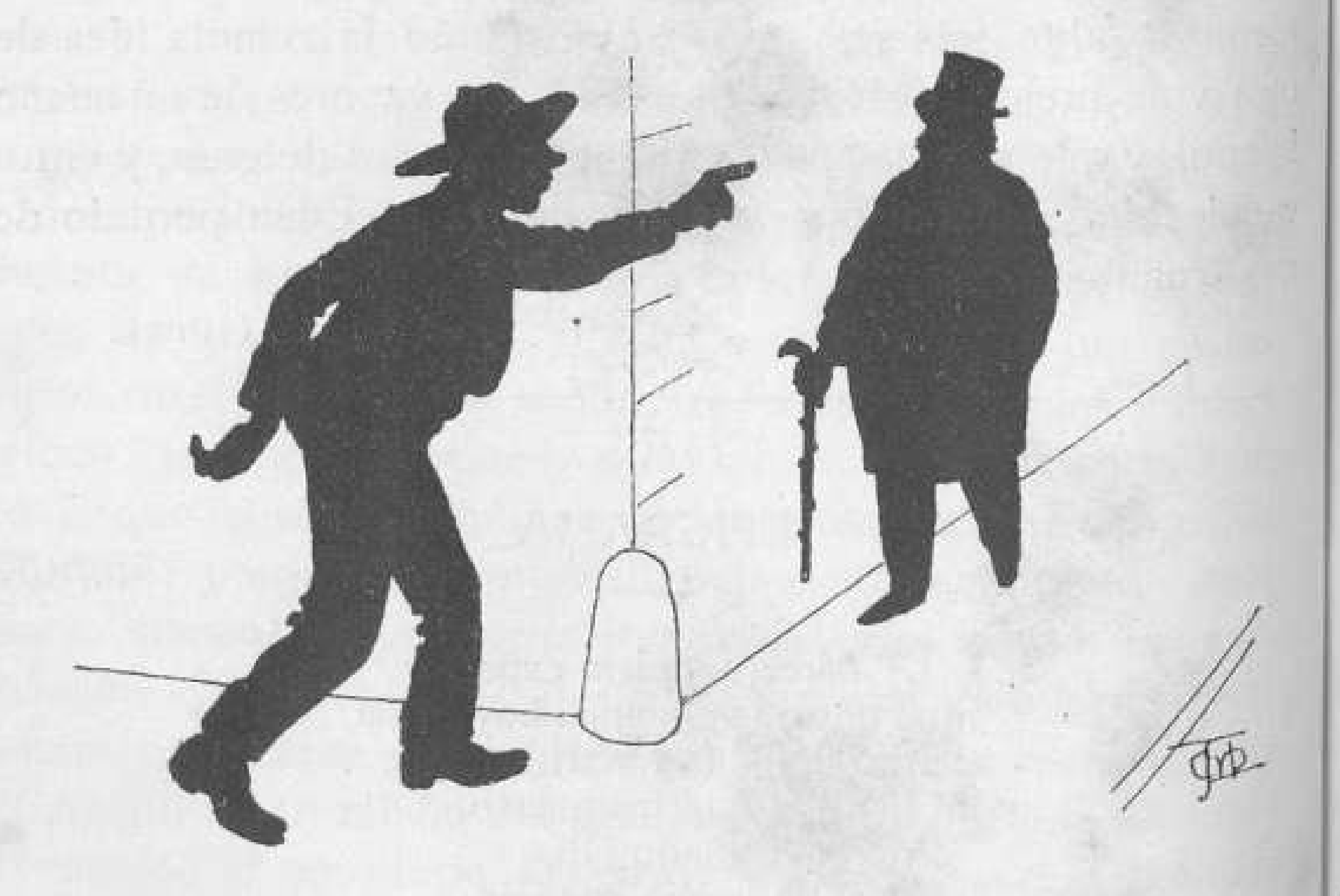
EPIGRAMA

A Pérez, pianista experto,
que entre los buenos hoy brilla,
le dió la fiebre amarilla
al llegar á nuestro puerto.
Y dijo extrañado Gil,
cuando el hecho conoció:
—¿Cómo diablos se enfermó
si *no tocó* en el Brasil?

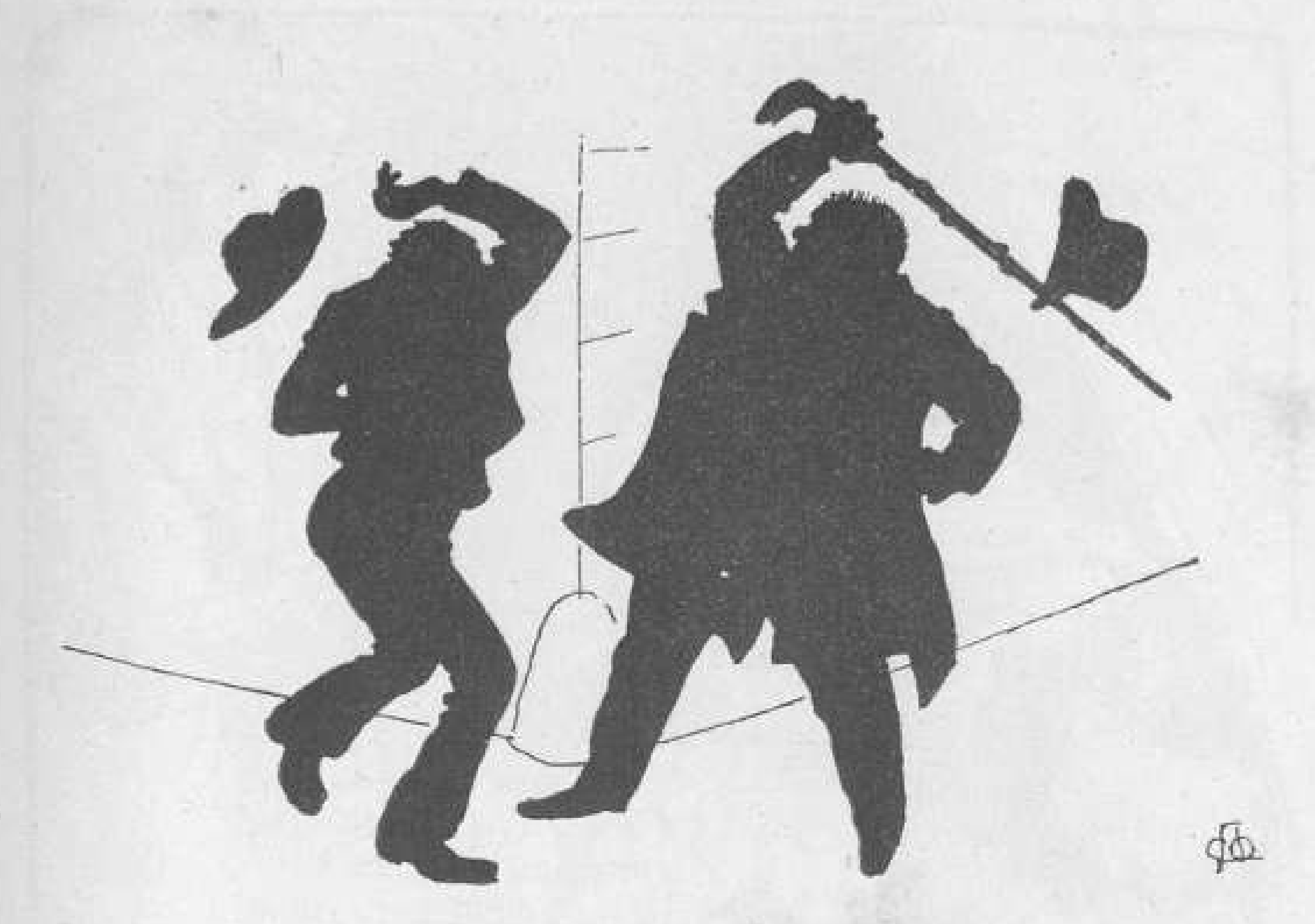
ESCENA NOCTURNA



—Hacia este sitio se aproxima un bulto;
para dar bien el golpe, aquí me oculto.



—Tras de la esquina un bulto se ha escondido;
andaré, por si acaso, prevenido.



—¿Pretendías robarme?
—¿Yo? ¡ni en broma!
le iba á pedir... un fósforo.
—¡Pues toma!



—Se habla aquí de progreso, lo propalo,
¡y aún hay quien usa fósforos... *de palo!*



NIÑOS Y MONOS

AL DISTINGUIDO DOCTOR SEÑOR JOSÉ A. AYERZA

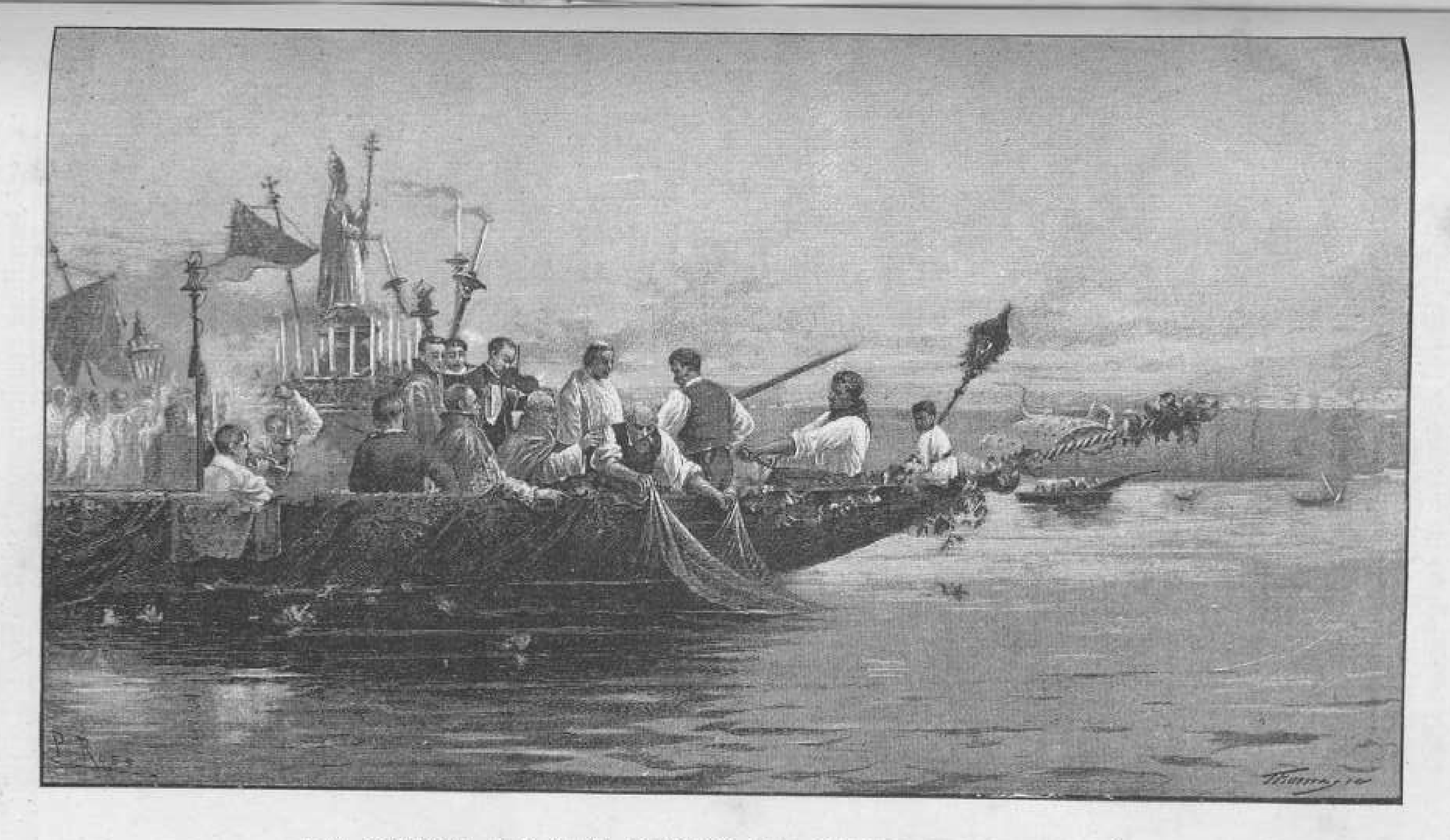
Meciendo en su regazo, con cariño,
al hijo de su amor, — precioso niño,
de ojos azules y cabellos de oro, —
y dando, al contemplar aquel tesoro
de hermosura é inocencia,
más crédito á las madres que á la ciencia,
así decía Cándida á Bautista,
defensor esforzado
de la *bella* teoría darwinista:
—¡Mire usted este niño sonrosado!...
¿qué tiene de común con la ascendencia
que, remontándola á época lejana,
Darwin asigna á la familia humana?
Sin duda tuvo el sabio sus razones
para darle ese origen, no lo niego;
mas para mí es hablar en puro griego
hablar de transformismo y selecciones.
¡El hombre descendiente

de humildes cuadrumanos!... ¡desatino!
¿quién no ve en ese ser inteligente
un origen más alto y más divino?
Dios hizo el hombre...
—Y más que por encono,
por mofarse, tal vez, de su figura,
dió el diablo, como diablo, en la diablura
de hacer después el mono,
poniendo al hombre así en caricatura.
—Aunque de mi ignorancia usted se ría,
ni me explico yo tales selecciones,
ni creo en tan ridícula teoría.
Feliz con sus hermosas ilusiones,
¿á qué madre podrá la ciencia impía
convencer de que el hijo que, abnegada,
cuida y protege, con afán profundo,
no es un ángel de amor que Dios le envía,
si ve que aún trae, al descender al mundo,
resplandores de cielo en la mirada?
¿Qué extraño parentesco
quiere que exista usted, entre este niño
de tez como el armiño
y angélicas facciones,
y el inculto y horrible cuadrumano?
—Uno grande: sus mismas perfecciones
prueban bien la razón de mis razones.
—¡Qué disparate!
—En vano
trata usted de impugnar, con ironía,
la teoría de Darwin...
—¡Gran teoría!
—De ella, y en hechos mi argumento fundo,
su mismo hijo de usted viene en abono,
pues no me negará que todo el mundo
dice al verle, sonriéndose:—¡Qué *mono!*

CASIMIRO PRIETO.

EPIGRAMA

—¿En un noble tal vileza?
¡abusa de mi flaqueza
y así á mi amor corresponde!
¡y aún asegura que es conde!...
—¡Claro! *es-conde*... su nobleza.



LA FIESTA DE SAN PEDRO EN CHORRILLOS (PERÚ)

Copia de un cuadro del distinguido pintor peruano don Teófilo del Castillo

LA FIESTA DE SAN PEDRO

EN CHORRILLOS

En Chorrillos, pueblo del Perú, obsérvase desde *ab-initio* la tradicional costumbre de sacar en procesión, el 29 de Junio, la imagen del Príncipe de los Apóstoles, y puesta luego en vistosísimo engalanado barco de pescadores, acompañada de un sacerdote revestido de su capa pluvial, de monaguillos que agitan al aire plateados incensarios, y, entre otros circunstantes que dan carácter á la pomposa fiesta, de un músico, á las notas de cuyo violín se ajustan los cantos que pueblan el aire de sagradas armonías, aléjanse un tanto de la orilla del mar, á la cual regresan alborozadamente cuando las llaves que el santo lleva en una mano han sido sustituídas por el primer pescado salido al recoger la red.

Tan cristiana poética escena, de suyo interesante, es el asunto del cuadro del pintor peruano Teófilo del Castillo, quien, encariñado con las costumbres de su país, cuyos recuerdos, vivos y palpitantes siempre, le impresionan aún al través de la distancia y de largos años de ausencia, ha sabido trasladar al lienzo una de las más conmovedoras y casi por completo desconocidas del resto del continente. En él, aun los menores detalles están tratados con sumo acierto, correspondiendo el desempeño pictórico á la bondad de tan simpático bellísimo tema.

Teófilo del Castillo, de quien publicamos en nuestro volumen de 1892 la copia hecha magistralmente por Ross de uno de sus más celebrados retratos, el de la insigne escritora argentina, Juana Manuela Gorriti, vive actualmente en Buenos Aires, dedicado á trabajos no del todo ajenos al divino arte, y tiene en estudio un cuadro que, á juzgar por el asunto, la *Quena*, de la leyenda americana, digno de las facultades y

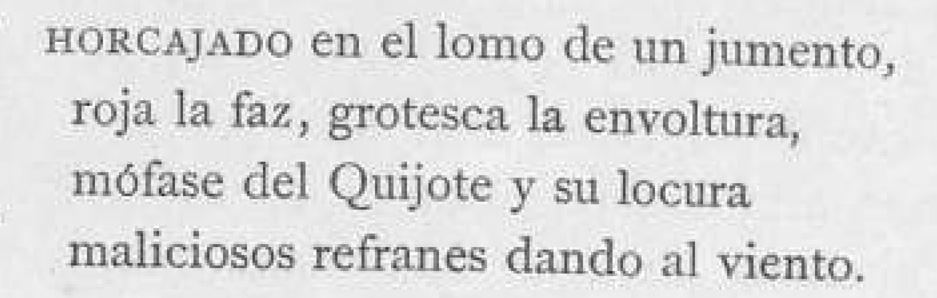
felices disposiciones del artista, ha de llamar vivamente la atención y le ha de valer al joven y distinguido pintor los mismos calurosos aplausos obtenidos por el magnífico cuadro, cuya copia engalana una página del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

X.

Buenos Aires, 1893.

SANCHO PANZA

Á DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO



AHORCAJADO en el lomo de un jumento,
roja la faz, grotesca la envoltura,
mófase del Quijote y su locura
maliciosos refranes dando al viento.

Vive sano, pletórico y contento;
no digerir es toda su amargura,
y complementan su brutal figura
perfiles de filósofo y de hambriento.

Cuando al amo contempla delirante
lidiando del error en la batalla,
maldice al noble caballero andante.

Sancho es un vientre que asimila y calla;
la razón del estómago triunfante
y el grosero sentir de la canalla.

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1893.

EL VOTO

CANTO I

(FRAGMENTO)

I

Bajo el azul de un cielo transparente
brillaba la mañana,
húmeda de rocío
y chispeante de luz, sonriendo ufana
á la inquietud del río,
y quebrando en la trémula corriente
los rayos de su sol, un sol de estío.

Flotaban sobre el tímido oleaje
en las aguas del *Tigre* los vapores
como jirones de rasgado encaje,
y en alas de la brisa pasajera
columpio de las flores,
huían, mojando al paso en la ribera
el lánguido follaje
de los sedientos sauces cimbradores.

Cual lejano rumor de catarata
dispersado en el viento,
la ronca voz del Plata
como un redoble en el confín se oía;
esa voz del abismo soñoliento
que despierta á las olas cada día.

Efluvios de perfume, desprendidos
de toda la amplitud del horizonte,
pasaban en el aire, confundidos
con la música eterna de los nidos
ocultos en el monte.

La vida, desbordante
de juventud y brillo y primavera,
circulaba en redor, engalanada
como una novia errante.
En la atmósfera pura,
¡cuánta luz inflamada!
En la verde ribera,
por el viejo sauzal amurallada,
¡cuánto alegre rumor, cuánta frescura!

Surgiendo del paisaje sonriente,
blandos susurros, mágicos sonidos,
poblaban de caricias el ambiente,
como el eco de arrullos escondidos
á la sombra del monte, en los ribazos,
donde besaba el junco á la corriente
desmayada en sus brazos.

II

El *Cisne* iba á partir: su casco entero
con el ronco estertor se estremecía
del vapor prisionero,
que inquieto y jadeante,
en la cárcel estrecha comprimía
su aliento de gigante.

Súbito en silbo ardiente
arrojó al aire un grito,
el grito de su cólera impaciente,
y salvando la válvula, que abría
paso á la libertad y al infinito,
con un salto de fiera
se lanzó sobre el émbolo indolente,
y lo arrastró rugiente
en el vértigo audaz de su carrera.

El *Cisne,* con nerviosa sacudida,
se desprendió del viejo fondeadero,
balanceando su mole conmovida;
batió las rojas palas,
y ceñido de espumas bullidoras,
hendió las ondas y partió ligero,
semejante á esas aves pescadoras
que vuelan empapándose las alas.

III

Cubría la toldilla
inquieta muchedumbre de viajeros,
que miraban, en grupos placenteros,
cómo huían los sauces con la orilla,
dejando á trechos asomar, esquivo,
tras el verdor risueño de sus hojas,
como un breve relámpago furtivo,
un ramo encantador de flores rojas
sobre la oscura copa de un seibo.

Todos, con sed de luz en la mirada,
contemplaban los juncos, que abatían
al paso de la ola desbordada
sus tallos tembladores;
las aguas tumultuosas, que subían
con empuje de asalto á la ribera,
y luego descendían
en cascadas henchidas de rumores;

Las deshechas espumas que azotaban
los flancos de la nave,
y girando en la estela se alejaban
cautivos del hirviente remolino;
el vuelo tardo y grave
de alguna blanca garza soñolienta;
el humo negro, en fin, que en torbellino
corría sobre el agua y sobre el monte,
y remedaba nubes de tormenta
en el vago confín del horizonte.

. . . .

MARTÍN CORONADO.

MIS LÁGRIMAS

No seques mi llanto,
que calma el dolor
que mora hace tiempo
en mi corazón;
amor es la causa,
malhadado amor,
que es por una ingrata
mi ardiente pasión,
y en vano suplica,
en vano, mi voz,
que duro es el pecho
y sin compasión
de la hermosa niña
que idolatro yo.
Y pues un consuelo
mis lágrimas son,
no seques el llanto
que vertiendo estoy.

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata.

UNA FRASE DEL EX REY MILANO
DE SERVIA



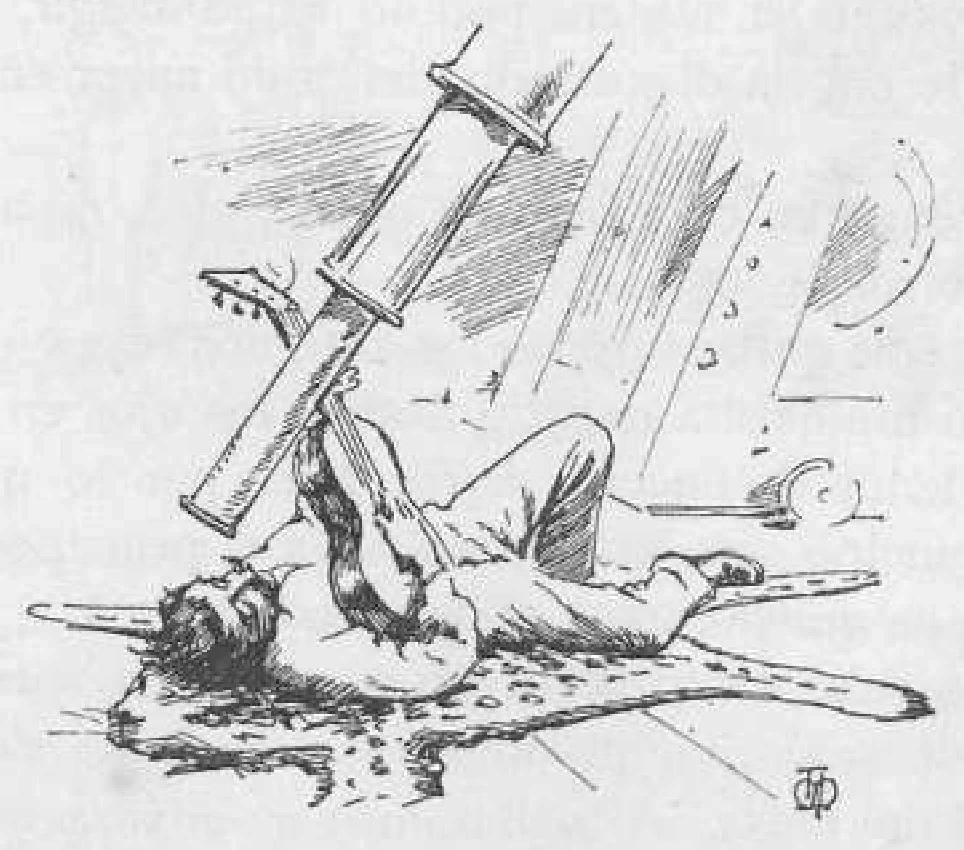
—¿Conoce usté el taller?
—Por suerte mía,
aquí estuve otra vez, y sentiría
marcharme de París tan de improviso
sin ver á tu amo; conque pasa aviso,
que á estrecharle la mano no renuncio,
aunque se halle en la cama todavía.
—Si usted se empeña... mas, ¿á quién anuncio?
—*Dile que está aquel rey del otro día.*

GENTES ACUÁTICAS

VAMOS, confiese usted que el calor de este año es excepcional, nos decía un caballero anfibio que se pasa los veranos en remojo y que suele recibir á las visitas poco menos que al *natural;* es decir, envuelto en una sábana, lo que le da cierto aspecto de caribe acomodado.

—Efectivamente, dijimos nosotros, hace un calor extraordinario.

—Eso no es natural, continuó nuestro interlocutor con aire pensativo; por fuerza ha de ocurrir algo en el sol que se escapa á la penetración de los astrónomos. Yo tengo un tío, que dedica sus ratos de ocio á la astronomía y á la guitarra, que ha descubierto en el disco solar dos ó tres manchas nuevas...



—¿Dos ó tres manchas nuevas? ¡Pues vaya si se está poniendo puerco el tal astro!

—Es indudable, agregó el caballero acuático, que esas

manchas algo influyen en los fenómenos meteorológicos que venimos notando. No puede ser de otro modo; yo no recuerdo ningún verano como el presente; en años anteriores, todavía podía uno vestirse de vez en cuando y presentarse en público, ¡pero lo que es éste!...

—¡Hombre, me parece que exagera usted!

—¿Que exagero? no hay tal exageración; al menos yo no vivo más que en el agua; precisamente cuando llegó usted estaba tomando el más delicioso de los baños...

—¿De lluvia?

—No, señor... ¡de aguacero!

—Pero eso ha de debilitarle á usted.

—¡Bah! ya estoy hecho al agua; ¡como que es mi elemento! fuera de ella soy hombre perdido. Para mí el colmo de la felicidad sería pasar el verano en un *acuarium*. Créame usted, caballero; yo no puedo vivir en seco; en cuanto empieza el calor...

—Es usted hombre *al agua*.

—Ni ambiciono riquezas, ni las grandezas de otros me quitan el sueño; no anhelo más que bañarme... ¡Palabra de honor! yo no cambiaría mi bañadera por un trono.

—Vamos que si hubiera podido usted elegir, al venir al mundo, no le habría disgustado del todo nacer en un palacio real.

—Convengo en ello, pero en otros siglos, no ahora.

—¿En otros siglos?

—Sí, señor; en tiempo de los antiguos reyes de Francia; entonces no me habría negado á abrir los ojos en regia cuna, pero á condición de nacer... *delfín*. Y no por lo que tenía el *delfín* de príncipe, sino por lo que tenía el príncipe de cetáceo.

—Pues es mucho amor el de usted al agua.

—No lo sabe usted bien; yo creo que en la escala zoológica subí, distraído, demasiados escalones: no debí abandonar el nivel del mar.

—Y su señora, ¿qué piensa de tales aficiones?

—¡Qué ha de pensar! á mi señora le es indiferente todo; figúrese usted una mujer de hielo; una compañera deliciosa...

en verano. ¡Si viese usted con qué agradable frialdad me trata!

—¿Y cómo pudo usted casarse con ella?

—Pues nada, ví su retrato, hecho por un pariente suyo que promete mucho... según su sastre, y quedé encantado: era una preciosa *acuarela*.

—Y se le haría á usted la boca agua.

—Sí, señor, y tomé estado... como quien toma un refresco. Recuerdo que la noche que me casé hacía un calor de



todos los demonios; yo no quería abandonar el agua, donde me hallaba muy á mi gusto, pues me horrorizaba la idea de tener que vestirme para ir á la iglesia, y hasta propuse á mi suegro casarme en traje de baño, pues lo que se perdía en corrección se ganaba en comodidad. Y aun cuando al buen señor no le pareció del todo desacertada la idea, ¡cómo que estaba sudando á chorros! tuve que desistir de ella ante la actitud resuelta y firme de la novia y de la mamá de la novia,

que se negaron redondamente á introducir aquella innovación en las costumbres sociales de nuestro siglo, y hasta me amenazaron con ponerme de patitas en la calle si insistía en mi extraño propósito. ¡Siempre la rutina sirviendo de estorbo al progreso!

—Pero se casó usted.

—Sí, señor... y me volví al baño.

—¿Y su señora?

—¿Mi señora? se quedó tan fresca.

—¡Hombre!

—Ya le he dicho á usted que todo le es indiferente. Mi suegro fué el que trató de sacarme del baño, pues los convidados preguntaban por mí, al ver sola á la novia, y los murmullos y cuchicheos y sonrisas empezaban á asumir las proporciones de un escándalo; pero estaba tan bien en mi elemento, era tan deliciosa la temperatura del agua, que no me dejé pescar... ¡y eso que mi suegro iba armado con el arpón de la elocuencia! Pero el pobre señor estaba en extremo sofocado con el calor que hacía, y después de recordarme con acento severísimo y con mucho fruncimiento de cejas, mis deberes de casado... acabó por decirme en confianza que en mi lugar haría lo mismo.

—¿Y le dejó usted volver solo al salón?

—Sí, señor; en cuanto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, cerró el paraguas y...

—¿Cómo el paraguas?

—Es que cuando se acercó á mí estaba tomando un baño de lluvia.

—¿Y qué dijo á los convidados?

—Circuló entre ellos la noticia de que acababa de sufrir yo un ataque; pero es el caso que una señora, que tenía algo obstruída la trompa de Eustaquio, y que no oyó claro más que la palabra *ataque*, creyó, al notar la consternación de los circunstantes, que había estallado una revolución, y empezó á dar grandes voces llamando á su marido, al mismo tiempo que se precipitaba hacia la puerta. Los caballeros se dirigían azorados á los balcones y las señoras se desmayaban... mu-

chas de ellas sin saber por qué. Yo mismo, al oir la gritería y la palabra *ataque* lanzada por la asustadiza dama, me alarmé no poco, y envuelto en una sábana y armado de un rifle que había por casualidad en el cuarto de baño, salí al corredor, á tiempo que pasaba la fugitiva señora seguida de su esposo. La pobre, al verme con aquellos extraños arreos militares, se confirmó en sus sospechas y redobló sus gritos.

—¡Ya están aquí los descamisados! decía aterrorizada.



Y luego, con aire suplicante y más muerta que viva, añadió, dirigiéndose á mí: —¡Por favor! respete usted á mi marido... ¡es un general que no ha hecho mal á nadie!

—¿Pues sabe usted que fué divertida la escena?

—Más que la cena, porque, cuando se hubo aclarado el error, muchas familias se habían retirado ya, y ni mi traje cómico, que lucí inadvertidamente en los salones, fué bastante para devolver la calma á los espíritus y la risa á los labios de las atribuladas señoras. Así es que ninguna de ellas tuvo apetito, y salvo alguna que otra, á quien mi suegro trató de hacer volver en sí á fuerza de tazas de chocolate, no se acercaron siquiera á la mesa.

—¿Y cambió usted por fin de traje?

—Sí, señor, pero sólo volví á los salones cuando la fiesta estuvo á mi gusto: cuando la ví *aguada*.

—¿Y su señora? ¿no se impresionó con aquella escena?

—Ya le he dicho á usted que á mi señora le es indiferente todo; cuando las demás se desmayaban, sin esperar siquiera á saber el motivo, mi mujer hablaba muy tranquila con un primo en sextas nupcias.

—¿Cómo en sextas nupcias?

—Quiero decir, con el hijo de un tío estéril hasta su sexto matrimonio.

—¿Hasta su sexto matrimonio?

—Sí, señor; el tío de mi mujer es una especie de *bárbaro azul*, y su hijo un joven de porvenir: un coloso del *sport* marítimo, que rema como nadie... ¡lástima que no sea en galeras!

—¿Cómo es eso? ¿está usted quejoso del primito?

—Muy quejoso... ¡de buena gana le rompería algo! Se empeña en que mi mujer vaya á presenciar sus triunfos, y como á mi mujer le es tan indiferente quedarse en casa como ir á las *regatas*... sucede que va siempre á las *regatas*.

—¿Y por qué no va usted también?

—Porque prefiero quedarme en el baño. Usted no sabe, por lo visto, lo que son esos viajecitos en esta época. Las molestias del tren, el calor, el polvo... ¡Dios me libre! Es verdad que á veces me asaltan ideas nada agradables, al considerar que á mi mujer lo mismo le da una cosa que otra, y que tan indiferente ha de ser para ella recibir un beso mío que un abrazo de otro; pero comparo el tormento de la duda con el suplicio de la levita... y opto por rabiar de celos en traje de baño.

—¿Y viene á menudo á su casa el pariente en cuestión?

—No, señor; muy rara vez, ¡como que vive en el agua! tiene pasión por las *regatas* y no abandona un momento los remos. La última vez que estuvo aquí mi suegro le reprochó su alejamiento de la sociedad, pues de joven elegante que era se ha convertido en un ser inculto y medio salvaje... ó salvaje del todo, en quien es difícil reconocer al *dandy* de otros tiempos, al apuesto mancebo en quien tantas mujeres enamoradas habían puesto los ojos y tantos esposos ofendidos... las manos. ¿Y sabe usted lo que contestó á mi suegro? pues contestó que por nada de la tierra renunciaría al agua; que estaba resuelto á hacerse célebre y que esperaba conseguirlo á fuerza... de remo.

—¿Y su suegro? ¿qué replicó?

—Nada, que tenía razón; mi suegro da la razón á todo el mundo, que es la mejor manera de vivir en paz con sus con-

temporáneos. Además, á él también le gustan las *regatas* y y acabó por alentarle en sus esperanzas de gloria.

—Así es que el buen señor estará orgullosísimo.

—¡Figúrese usted! siempre es satisfactorio tener una celebridad en la familia, aunque sea acuática.

—¿Y no ha ido usted nunca á las *regatas*?

—No, señor; en verano apenas salgo del agua. ¡Ah! usted no sabe lo delicioso que es estar en remojo, mientras los demás sudan la gota gorda por esos mundos de Dios. En mi familia todos son lo mismo. Mi tío, el astrónomo, es el único que no tiene afición al agua.

—¿Preferirá el vino?

—Sí, señor... es una indignidad, pero ¡qué quiere usted! hay que transigir con las debilidades de los astrónomos. En cambio, nunca le dan mejor resultado sus observaciones que después de beber... es cuando descubre más estrellas.

—Pues es una ganga para la ciencia su tío de usted.

—Completa. Conque... dispense usted; me vuelvo al agua.

—Sentiría haber incomodado á usted, caballero...

—¿Quiere usted callarse?

—La verdad es que el calor convida á sumergirse en ella.

—Hace mucho, ¿verdad? ¡si ya le he dicho á usted que es un verano excepcional! toda el agua es poca para mí, y lo que siento es tener que contentarme con estos mezquinos baños de lluvia. ¡Ah! ¡si yo hubiese nacido en los tiempos bíblicos!

—¿Y por qué siente usted no haber nacido en ellos?

—Porque habría podido tomar el único baño que me hubiera satisfecho del todo... ¡un baño de diluvio universal!

CASIMIRO PRIETO.





LA NIEBLA

Del Norte se desprende; es la ondulante niebla
ejército callado que las llanuras puebla
y viene de los montes allá por el confín.
Cogidas de sus colas avanzan las visiones
y envuélvense en sus amplios medrosos capuchones
sin ruidos militares ni toques de clarín.

Por tajos y por valles, por ramblas y por peñas,
surgiendo de los ríos, saliendo de las breñas,
cada escuadrón flotante se enlaza en otros cien.
Compacto el gran ejército resbala sigiloso,
y escucha precavido, y acecha cauteloso
si del contrario bando las flámulas se ven.

Lejos van á la huída destellos y colores,
tornasoladas tintas y rojos resplandores,
corriendo del inmenso fantástico capuz;
y las revueltas huestes, vencidas y espantadas,
llevan carmín de sangre, banderas destrozadas,
y heridas dolorosas fingidas por la luz.

Del siempre fragoroso y audaz Despeñaperros
cruza el tropel brillante por los agrestes cerros
y da en la luminosa bellísima región;
y allí se posesionan matices y esplendores
del cielo de Murillo, del cáliz de las flores,
de huertas y jardines en viva confusión.

La niebla en tanto arrastra su velo por las sendas,
agáchase en los surcos, registra las viviendas,
y palpa los peñascos buscando muda lid;
y alárgase y rastrea metiéndose en las frondas
enrédase en las cruces, disfuma las rotondas,
y lenta paso á paso intérnase en Madrid.

No adornan al ejército de pálidas figuras
espadas ni broqueles, herrajes ni armaduras,
ni lanzas como rayos dispuestas para herir;
mata con la tristeza, de la que embarga el pecho,
y lleva bajo el manto, de luz y sombras hecho,
tentáculos que saben las almas oprimir.

Y los revuelve y gira, y clava y prende en ellos,
cual en dogal de pena los angustiados cuellos,
los tiernos corazones como en inmóvil cruz;
arranca de los labios suspiros y sollozos,
y encierra los espíritus en hondos calabozos,
do sufren la doliente nostalgia de la luz.

Quiere el humano brazo luchar con las visiones,
y airado se alza y vibra, queriendo sus pasiones
de encono y rabia, al punto furioso descargar;
se tiende en lucha vana contra el dogal sangriento,
descarga el golpe rudo, y el golpe da en el viento,
y no halla ningún modo de herir ni de matar.

Los mantos opalinos flotantes arrastrando,
los escuadrones llegan las calles asaltando,
las plazas invadiendo en lóbrego tropel;
como macabra ronda la turba se adelanta
puesta en el suelo apenas la vaporosa planta
y al aire el cuerpo ingrávido que encubre el alquicel.

—¿Quién va?—salir parece del séquito de bruma
bajo el aéreo embozo más tenue que la espuma,
al avanzar callada la lúgubre invasión:
nadie á la voz responde tras del espeso manto,
y siguen los fantasmas como en el Viernes Santo
camina por la noche la triste procesión.

Mas ya el contrario ejército sus fuerzas restituye,
y la venganza ansiando, por las llanuras huye

trayendo entre las huestes por general el sol:
  tropas de luces parten de Málaga y Sevilla,
da sus reflejos Cádiz, del agua maravilla,
y de sus cielos Córdoba las tintas y arrebol.

  Por montes y por llanos las tropas hormiguean,
y limpias las espadas al sol relampaguean
lanzando haces de rayos que tiemblan al brillar;
  pasan por las banderas cien vivos resplandores,
y avanza el gran ejército de chispas y colores
con rutilante marcha la niebla á desgarrar.

  Y la batalla empieza; y arranca, purpurina,
chorros de sangre rojos la luz de la neblina
que escápase, la muerte mirando en derredor;
  los cuerpos se deshacen, se rompen las espadas,
y ruedan las coronas de lumbre salpicadas
en el grandioso cuadro de llamas y calor.

  Vence la luz radiante, y rota en mil jirones,
la niebla aniquilada se lanza á otras regiones
de cielo más oscuro y menos español.
  Y deja de arreboles, que ardiente reverbera,
en cada aguda torre clavada una bandera
la mano incandescente del victorioso sol.

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

EN EL CREPÚSCULO

  Afuera, del gran tráfago del día
han cesado los gárrulos clamores
y de la opaca tarde los rumores
se levantan en vaga melodía...
  Por entre mi entornada celosía,
penetrando indecisos resplandores,
tiñendo van con fúnebres colores
los sueños de mi absorta fantasía;
  Y abrirse, en profundísimo horizonte,
ve en la penumbra, mi alma dolorida,
el panorama inmenso del Pasado...
  ¡Y de tristes recuerdos bajo un monte,
y bajo el Atlas de la amarga vida,
mi espíritu se siente sepultado!

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil.

BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA

DE ENCARGO



SE puede?...

—Adelante. Pase usted.

— Con su permiso. ¿Estoy hablando con el señor Gumersindo Rodajas?

—Servidor de usted.

—¡Parece mentira que tenga usted esa cara!...

—¡Señor mío!

—Quiero decir que me lo imaginaba de otra manera. Cuando salí de mi casa, dije: ahora vas á conocer á Rodajas, y como Rodajas es escritor, y escritor festivo, tendrá en la fisonomía signos exteriores que delaten su profesión...

—Como por ejemplo, la nariz en espiral, como un sacacorchos, ¿eh?

—¡No, no tanto!

—Bueno: ya que me ha visto la cara, ¿puedo saber cuál es el motivo de su visita?

—Un encargo.

—¿Un encargo?

—Sí; necesito un artículo...

—¿De primera necesidad?

—No, un artículo humorístico, pero que sea muy gracioso, graciosísimo. Quiero que haga reir mucho.

—Se hará lo posible.

—No sea usted modesto. Bastante sabemos de lo que es usted capaz; y luego, un artículo festivo es cosa que se hace jugando.

—¡Ya lo creo! Mire usted, cuando quiero escribir algo muy chistoso ordeno á los chicos de la patrona que entren en

mi habitación, y mientras me revuelven los libros, ó me derraman la tinta, yo escribo con frenesí, y cuando no encuentro la frase final, ó me falta redondear un párrafo les animo diciéndoles:

—Anda, monín, vé á buscar el tambor, que tanto gusto me da... Y tú, ratoncito, corre en busca de la trompeta... Y tú, querubín, serás el general y yo el brioso corcel, ánimo. Y poniéndome en... posición adecuada, el querubín me monta y espolea, yo relincho lo mejor que puedo, y el ratoncito y el angelito tocan la trompeta y el tambor con furor inusitado. De pronto, suelto la carga preciosa y corro á la mesa; escribo, y mientras más me pega el querubín, indignado con su acémila, y mientras más soplan y redoblan el ratoncito y el monín, más fluidas acuden las ideas y más frescos y graciosos brotan los conceptos. Crea usted que hacer reir es lo más fácil del mundo, y que los escritores festivos somos felices.

—¡Y tanto!... ¡Qué envidia les tengo á ustedes!... Porque, para ustedes no hay penas ni compromisos.

—¡Qué ha de haber! Figúrese que llega el sastre con la cuenta, y con la pretensión de cobrarla; pues, al punto nos ponemos á reir y le hablamos mal de los clientes y de los poetas de la última cosecha y...

—¡Adiós mi plata!

—¡Cabal! ¡adiós su plata! es decir, la del sastre.

—Luego le ponemos en ridículo en el primer escrito y nos quedamos tan frescos como si tal cosa hubiese ocurrido. De modo que, puesto que las dificultades son tan pocas, usted querrá un artículo graciosísimo, como es muy lógico, y además, lo querrá usted ahora mismo ¿eh?... ¿le corre mucha prisa?

—Bastante.

—¡Caramba! lo siento, porque ahora casualmente no estoy de humor, de buen humor, se entiende, y no tengo los niños de la patrona para hacerlos jugar conmigo.

—Si usted quiere...

—Me mandará usted los suyos, ¿no? Ya me lo suponía. Porque usted tiene facha de casado.

—¿Eh?

—Sí, hombre; los escritores festivos ¿tenemos nuestra facha especial? Pues bueno; los casados, algunos sobre todo, también la tienen.

—¡Qué bromista es usted! Ahora empiezo á ver al escritor festivo.

—¿De modo que me trae usted los chicos? ¡Ah! si hay alguno de pecho, no importa; mándeme la nodriza también, y si su amabilidad (la de usted) es tanta, envíeme su mujer... Ya verá usted cómo, jugando, jugando, le hago á usted el artículo festivo. ¡Lástima que no sea usted escritor, porque con tantos elementos sería usted un Quevedo!

—¡Uf!... ¡qué mareo!... ¡cómo habla usted!... me aturde. Voy y vuelvo.

—¡No, no se vaya! Voy á recordar nuestra conversación, la escribo y el artículo está hecho.

. . . .

—¡Ea! ¡ya está! Hoy no he tenido á mi *querubín* para hacerme espolear, pero le he tenido á usted. Vaya abur, y recuerdos á la señora. Ya ve usted que un artículo festivo se hace jugando. Si otros *artículos* se pudiesen hacer así... ¡Valiente sobretodo luciría!...

ENRIQUE COLL.

Buenos Aires.

EPIGRAMA

—¿Qué tienes, que estás convulso?
—¡Que no me dejan vivir
los malditos acreedores!
—¡Bah! ríete de ellos, Gil,
y vén conmigo á distraerte...
—¿A casa de López?
—Sí;
hoy da recibo...
—*¿Recibo?*
¡un demonio! ¡qué he de ir!



SOLA

¿A qué negarlo más? Nueva Graziela,
por un ausente bardo estás de duelo;
sólo su amor te anima y te consuela,
y su amor, como todo lo que vuela,
huyó del nido y se perdió en el cielo.
Ya sé que tiembla el labio y te sonrojas
al recuerdo feliz del fausto día:
y que á veces, calmando tus congojas,
las blancas *margaritas* que deshojas
te dicen que te quiere todavía.
Sé que al morir la tarde, con inquieta
triste mirada el horizonte mides,
y en el delirio de pasión secreta,
de la hermosa figura del poeta
que se alza en el espacio te despides.
Sé que en las largas noches, cuando el pecho,
una triste catástrofe presiente,
sin rencores, sin odio, sin despecho,

te arrodillas llorando sobre el lecho
para rogar á Dios por el ausente.
Sé que hay un talismán que guarda esos
tesoros de ternura en los amores:
que lo abres sé, llegando en tus excesos,
á creer que el perfume de los besos
aún vago queda en las marchitas flores.
¿A qué negarlo más? Te hablo al oído,
cuando te miro así, la dicha pierdo:
yo también como tú nunca he podido
empapar en las aguas del olvido
el ropaje de luz de mi recuerdo.
Las glorias del amor huyen de prisa:
siempre hay una beldad llorando á un bardo:
Julieta que se queja con la brisa
ó la nevada toca de Eloísa
sobre el yerto sepulcro de Abelardo!
No puede reflejarse la esperanza
sobre tu nívea frente de camelia;
el amor es así, mal y asechanza,
pues mientras Hamlet sueña en la venganza,
suspira y canta y enloquece Ofelia.
Llora tu pena, aguárdale entretanto:
él volverá tal vez; tu afán aquieta;
que más sentido y dulce será el canto
cuando caigan las gotas de tu llanto
sobre la lira de oro del poeta!

LUIS G. URBINA.

Méjico.

EN VIAJE

¡Aves que os lanzáis á vuelo
sobre las ondas del mar,
con aquel incierto anhelo
del que ignora el blando suelo
adonde quiere llegar!

Cual vos, presiente errabundo
mi espíritu un más allá,
y con anhelo profundo
sobre las olas del mundo
ansioso volando va!

CALIXTO OYUELA.

Buenos Aires, Abril de 1893.



LA Princesa Victorina

I

ENCONTRÁRONSE una vez dos hadas junto á la ladera de un bosque inmediato á la ciudad.

Una de ellas, que se llamaba Urganda, estaba de muy mal humor por no haber sido invitada á las fiestas que se habían celebrado para el bautizo de la hija del rey; pero la otra, denominada Filinda, hallábase en extremo satisfecha porque la habían convidado á la ceremonia.

Y con las hadas ocurre lo mismo que con los hombres; son buenas cuando están contentas, y la tristeza les predispone al mal.

—Buenos días, hermana, dijo Filinda.

—Buenos días, gruñó Urganda; supongo que te habrás divertido mucho en la corte del rey Mataquín.

—Muchísimo. Las salas estaban tan bien iluminadas como las de nuestros palacios subterráneos y se sirvieron exquisitos manjares en platos de oro sobre manteles de encajes. Luego se bailó...

—Sí, sí, desde aquí he oído los violines. Y en pago de la hospitalidad del rey habrás hecho á la princesa soberbios dones...

—¡Pues es claro! La princesa será hermosa como el día;

su voz se asemejará á la del ruiseñor y tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables. Además, cuando esté en edad de casarse, contraerá matrimonio con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo.

—¡Perfectamente! dijo Urganda crujiendo los dientes. Yo también quiero mostrarme generosa con ella.



—Pero no vayas á otorgarle un don fatal.

—Puedo ejercer contra ella uno de mis conjuros. La princesa Victorina será hermosa como el día, ya que ninguna hada puede deshacer lo que otra ha hecho; su voz se asemejará á la del ruiseñor; tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables y se casará con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo; sino que...

—Sino que... replicó Filinda llena de inquietud.

—Sino que, cuando se case, dejará de ser mujer para convertirse en hombre.

Filinda lloró y suplicó con desesperación, pero todo fué en vano. Urganda no quiso escucharla y desapareció como por ensalmo, mientras la otra meditaba acerca de los medios de que podría valerse para evitar las consecuencias del terrible conjuro.



II

A los diez y seis años era tan hermosa la princesa Victorina, que en todo el mundo no se hablaba más que de su extraordinaria belleza. No hubo nación que no enviara embajadores á la corte de Mataquín con objeto de pedir la mano de la princesa para los más ricos y poderosos monarcas.

Pero el rey y la reina, conocedores del terrible secreto, no sabían qué contestar. Despedían cortesmente á los embajadores, sin consentimiento ni negativa, y se desesperaban ante el caso singular que les ocurría.

Cierto día jugaba Victorina en el jardín del palacio de sus padres, cuando oyó ruido en el camino inmediato. Alzó los ojos y vió un magnífico cortejo que se dirigía al regio alcázar.

Al frente de la comitiva, y en un soberbio caballo, iba montado un joven de hermosísimo aspecto.

—¡Qué hombre tan gallardo y elegante! exclamó la niña.

Luego pensó que si el mancebo tenía intento de pedirla en matrimonio estaba ella pronta á concederle su mano.

El joven, que al pasar había visto á Victorina, se detuvo y le dijo:

—Plegue á las hadas que seáis la hija del rey Mataquín, porque vengo á casarme con ella y sois la criatura más encantadora de la tierra.

—¡Pues soy la princesa Victorina!

Desde aquel instante se amaron con delirio.

III

¡Júzguese cuál sería la situación del rey y de la reina!

No se trataba ya de satisfacer la petición de un embajador, sino la de su propia hija que les suplicaba con lágrimas en los ojos que accediesen á la demanda del recién llegado caballero.

Por otra parte, el príncipe Diamante, hijo del emperador de Golconda, podía poner en pie de guerra cuatro ó cinco ejércitos, y no era cosa de desairarle torpemente.

No pudiendo revelarle tampoco el fatal secreto, que hubiera sido considerado como absurdo, consintieron al fin en el casamiento de los dos amantes.

IV

El rey y la reina estaban sumamente intranquilos el día de la boda, y sólo abrigaban la esperanza de que el hada maldita hubiese desistido de su venganza.

Al día siguiente se presentaron los esposos á recibir la bendición paternal.

—¡Hija mía! exclamó el rey lleno de horror.

—¡Victorina!... sollozó la madre.

—No soy vuestra hija, sino vuestro hijo Victorino.

Y volviéndose á la puerta, añadió:

—¡Vén, hermosa Diamantina! ¿Por qué tiemblas así? ¡He aquí á mi esposa!

¿Qué había ocurrido para aquel cambio?

Que mientras la princesa se convertía en gallardo mancebo, el príncipe, merced á otro conjuro de Filinda, se trocaba en hermosísima y agraciada doncella, burlando así el hada protectora de Victorina los efectos de la perversidad de Urganda.

CÁTULO MENDES.

LAS LILAS BLANCAS

En alta noche he cruzado
junto á tu regia mansión;
embalsamaban el prado
las blancas lilas en flor.

Alegres cantos se oían
y se escuchaba tu voz,
mientras el cáliz abrían
las blancas lilas en flor.

Un galán, con dulce acento,
promesas mil te juró,
y te mandaban su aliento
las blancas lilas en flor.

Ví que el galán se inclinaba,
que tu faz palideció,
y que el céfiro besaba
las blancas lilas en flor.

¡Ah! ¡por qué en la triste noche
no estalló mi corazón
y no cerraron su broche
las blancas lilas en flor!...

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, Mayo de 1893.

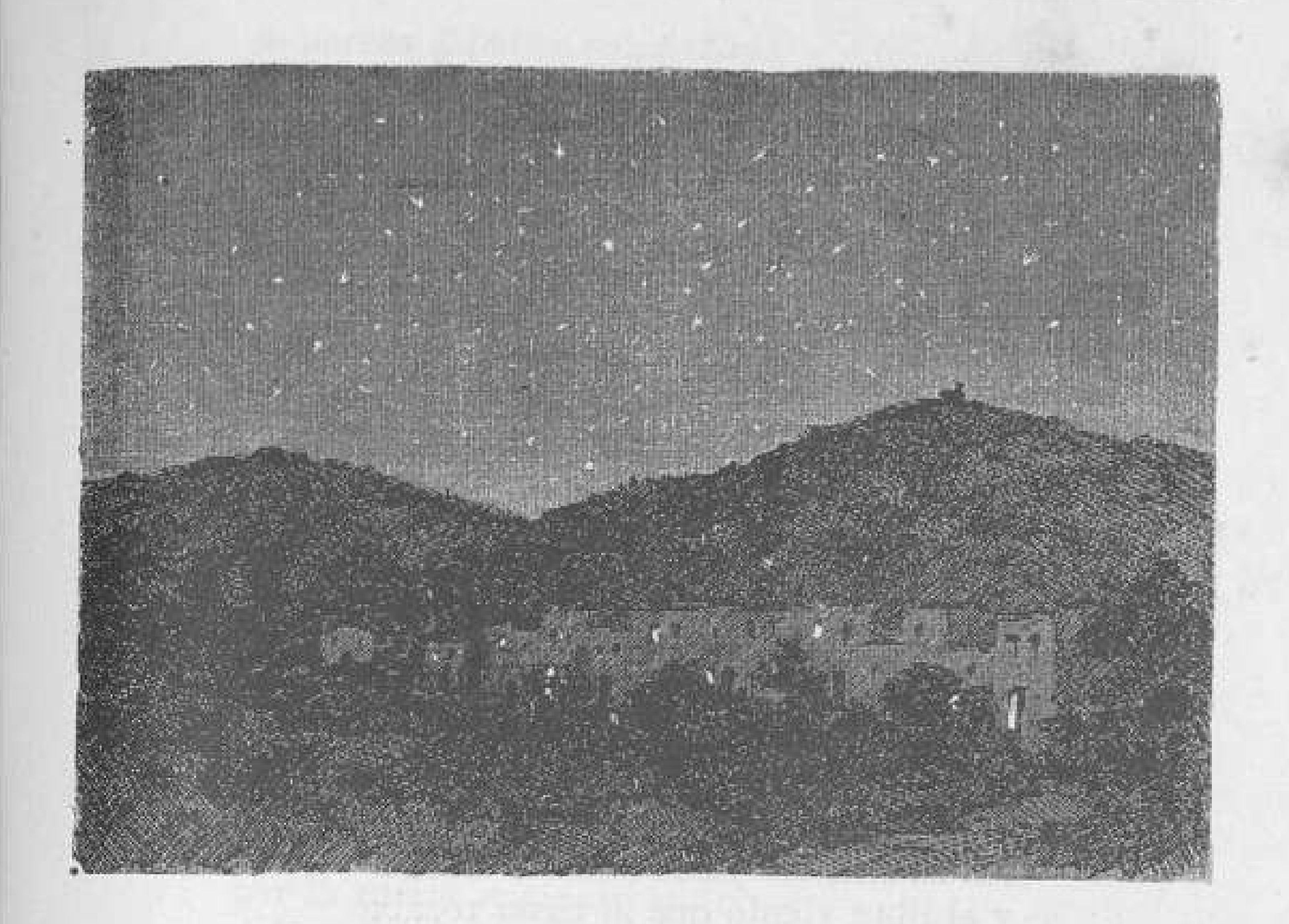
ENTRE BOHEMIOS



—Con el frío apenas salgo.
—¿Te acobarda?
—¡Y de qué modo!
—¿Pues no llevas *sobretodo?*
—Querrás decir *sobre-algo.*

EPIGRAMA

—¿Tú mi Mecenas?
—Sí tal;
¿no te protejo, por suerte?
—¡Si lo que haces es comerte
mi pequeño capital!
Aunque á lo serio lo tomes,
y sin que quiera agraviarte,
creo que debo llamarte,
más que *Me-cenas, Me-comes.*



MIRAJE

La tarde muere. El aura, mansamente,
su dulce endecha en el follaje canta;
á lo lejos la hoguera se levanta
en la que incendia el sol al occidente.

Duermen las ondas. Perezosamente
silenciosa la sombra se adelanta,
oscurece el espacio y se abrillanta
con la luz de los astros esplendente.

Un tibio vaho acariciante sube
del seno de la gran naturaleza
y gira y flota en perfumada nube.

Es la soberbia noche del estío
que derrama su cálida belleza
sobre la errante majestad del río.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Buenos Aires, Junio de 1893.

PAISAJES

Volví los ojos á la edad primera,
á esa edad, paraïso de los sueños,
como en medio á las sombras de la noche
se alza la vista á contemplar el cielo!
Brisa de paz me refrescó la frente
y me trajo en silencio los recuerdos,
cual las dulces canciones de la patria
al errante proscrito lleva el viento!...

* * *

No bien el sol con sus primeros lampos
en el ancho horizonte aparecía,
en mi caballo á recorrer salía
sin rumbo cierto los nativos campos.
En su silencio y soledad me hundía
y al libre viento que al pasar rozaba
mi rostro juvenil, el alto pecho
respirando con ansia, levantaba!

Y ya el vecino monte de una estancia,
ya un rodeo de vacas extendido,
cuyo largo mugido
atravesaba lento la distancia;
una bandada de aves que pasando
por el límpido cielo parecía
larga faja volando
que en las ondas del aire se torcía;
ya en la tersa laguna un ave blanca,
ya su quieta llanura cristalina,
ya la enhiesta barranca
que á contemplarse en su caudal se inclina...
todo á mis ojos era
siempre nuevo, brillante en su frescura;
todo hacía que mi alma se sintiera
más libre, el pobre cuerpo
de una arcilla más cándida y más pura!

Encantadas figuras que, lucientes,
mi joven fantasía iba creando,
pasaban á mis ojos sonrïentes,
el campo, el cielo, la extensión poblando!
De entre el espeso pajonal se alzaban
vagas formas de luz, y al lado mío,

en aéreos caballos galopaban
elfas y peris, que del Norte frío
de su Europa llegaron
hasta la orilla del platense río.
Los cuadros á los cuadros sucedían
siempre nuevos, magníficos y varios,
y para mí, paseante silencioso,
nunca estaban los campos solitarios.

De pronto, alguna vez, me parecía
que allá una hermosa, para cita extraña
me aguardaba impaciente, donde el cielo
con la inmensa extensión se confundía;
y cruzaba al galope la campaña,
febril, ansioso, como aquel que adora,
y pasada la hora,
corre á la cita de su bien, temblando
no merezca indulgencia la demora!

O bien, llegar pensaba sonrïente,
á animada reunión que sorprendida
por la aurora naciente,
dentro de un rancho, á la amarilla lumbre
de las velas, bailaba
en movible y alegre muchedumbre.
Sonaba á aquellas horas la guitarra
más dulce, melancólica y sentida,
y se oía al cantor que preludiaba
la canción de la triste despedida!

Otras veces, al indio ver creía
por el llano sin límites huyendo,
su pampeano corcel la crin tendiendo
al viento que del ámbito venía
cercanos ecos de clarín trayendo.
De súbito á su espalda levantarse
las ciudades miraba! Y del desierto
y del Andes lejano,
y de las anchas pampas, el concierto
llegaba del progreso soberano!

Sereno y majestuoso
iba el sol alcanzando el firmamento,
y en mitad de mi viaje caprichoso
mi rendido caballo sudoroso
sujetaba un momento.
Oía entonces el zumbido blando
del viento que llegaba
los verdes pastos al pasar doblando,

y entre el silencio religioso y triste
conmovido escuchaba
la inmensa voz de la extensión sonando!

* * *

Siempre los ojos volveré á esas horas,
á esa edad, paraíso de los sueños,
como en medio á las sombras de la noche
se alza la vista á contemplar el cielo!
Brisa de paz refrescará mi frente,
brisa de paz que me traerá recuerdos,
cual las dulces canciones de la patria
al errante proscrito lleva el viento!

SEGUNDO I. VILLAFAÑE.

Buenos Aires, 1893.

CANTARES

Con un viejo te paseas,
envuelta en tules y blondas...
jamás soñé idilios griegos
entre gusanos y rosas.

—

Semejante á la ola azul
fué tu amor, mujer perjura:
creció, hervoroso, en tu pecho
y se deshizo en espuma.

—

¿Por qué tus ojos envidian
á las estrellas, hermosa,
si brillan con luz prestada
y tus ojos con luz propia?

—

¡Cuántas almas se han perdido
desde que, al verla tan bella,
hizo redes, el amor,
de tu blonda cabellera!

—

Testigos de nuestro idilio,
ya en la umbría lo pregonan,
con su murmurio, los céfiros,
y con su rubor, las rosas.

CASIMIRO PRIETO.

EN UNA «SOIRÉE»



—¡Pero, hombre! ¿se ha vuelto usted loco? ¿qué significan esas copas vacías entre las demás llenas?

—¿Las copas vacías? pues son... para los que no tienen sed.

EPIGRAMA

Al mirar á doña Paca,
mujer llena y frescachona,
exclamó el padre Colona:
—¡Santo Dios, la carne es flaca!—
Y un lego topo, que allí
se encontraba, con voz sorda
dijo: —Me parece á mí
que esta vez la carne es gorda.

RICARDO SÁNCHEZ.

LOS AMORES DE FAUSTO



El café apestaba á humo de cigarro y á exhalaciones alcohólicas; la llama del gas oscilaba, medio ahogada, en la atmósfera densa; un murmullo ensordecedor subía de las mesas cargadas de vasos y rodeadas de bebedores.

—Ya estás borracho, Fausto, murmuré viéndole contemplar con ojos vidriosos la copa de ajenjo con cambiantes de iris.

Tosió una risita sarcástica.

—Itam, han, ha!...

—Sí, y con ello pierdes tu porvenir, malogras tu suerte. ¡Oh! no es sermón. Pero tienes años hermosos ante tí, y en vez de mirarlos enturbias tu vista en el alcohol... ¡Estás ebrio, perfectamente ebrio!...

Me miró, apretando los ojillos en que la luz del gas creaba reflejos de talco.

—¿Y tú? me dijo.

—¡Yo!

—En la relatividad de la vida, tan borracho estás tú como yo. Y sino ¿qué es la ilusión? ¿qué es la esperanza más que una borrachera con chisporroteos de champagne?... Tú tienes esa borrachera sin buscarla, y yo me la fabrico, eso es todo... Yo no aspiro á nada que crea positivo, mientras que tú corres en pos de lo que no es positivo aunque lo creas. Tú tienes lo que se me ha acabado: la ebriedad de la sangre que hierve en las venas. Yo busco en el licor que agita el cerebro, lo que naturalmente pone el tuyo en movimiento. Y

mientras que el ensueño provocado sólo produce en mí, al día siguiente, un poco de amargor en la boca y un poco de pesadez en la cabeza, el tuyo, natural, te emblanquece y te quita hebras de cabello, y te da, con el desengaño, la desesperanza...

Friné pasaba, hermosa como nunca. Me sonrió; su gesto lánguido me hizo comprender que había sonado la hora del triunfo...

Fuí tras ella, dejando á Fausto, medio dormido de bruces sobre la mesa.

—¡Bah! me dije. ¿Es esto ensueño? ¿No es, acaso, la más hermosa de las realidades?

Y esa noche pasó con deleites inmortales, y al día siguiente hallé de nuevo á Fausto junto á su mesa, mirando un rayo de sol tibio y alegre al través del ópalo de su ajenjo.

—¿Y Friné?

—Tuve en mis manos esa copa de placer. ¡No! La gloria del cristiano, el paraíso, no puede compararse á la caricia suprema de esos brazos de terciopelo blanco!...

Él se rió con lástima.

—Poca cosa, poca cosa, murmuró bamboleando la cabeza pesada de alcohol...

—Alguna conquista tuya, dije burlándome.

—¡Bah! Anoche me aguardaba Margarita, mientras que Ofelia, loca de amor, deshojaba sus flores en mi ausencia!...

Y bebió de un sorbo el resto de la copa, recorrió triunfalmente de una mirada el café entero, apoyó luego la frente en la palma de la mano, y se marchó allá lejos, muy lejos, más lejos todavía, á realizar conquistas imposibles en el mundo fantástico del ensueño...

ROBERTO J. PAYRÓ.

Buenos Aires, Junio de 1893.

EPIGRAMA

Hermanas son Casta y Rosa
y no sé por qué se enfada
la mamá siempre que, al verla,
pregunto por su hija Casta...



AMORÍOS

¿No te acuerdas, querida, de aquel muchacho
que se quedó extasiado con tu palmito
un día que con aire muy vivaracho
bajabas del tranvía del Caballito?
Aquel joven travieso, guapo, buen mozo,
que apenas le apuntaba sedoso bozo;
quien te quiso y te quiere con tal empeño
que daría la vida por ser tu dueño;
aquel que por tí tuvo mil desazones
y aguantó una descarga de perdigones,
quien se abrasó en tus ojos constantemente,
ojos traviesos
que van por esas calles matando gente,
con marcadas tendencias de alevosía...

y que por asesinos meterá presos
la policía.

—

Ya veo que, ingratona, te has olvidado
de aquel que tú llamabas *mi enamorado,*
de aquel que sufrió en calma tantos reveses
y te hizo, amante, el oso, catorce meses,
y por ver si ablandaba tu alma de roca,
y porque no vivieras junto á la Boca
muy cerca de Palermo te amuebló un piso
que fué de sus amores el paraíso;
me tenías chiflado, hoy lo confieso,
y me gasté en amarte, mi último peso;
¡quién iba á imaginarse que tu promesa,
promesa vana,
se fuese como el humo de una pavesa
por la ventana!

—

Soy el mismo que ansioso llamó á tu puerta
y tú, infame, sin penas y sin cariño,
olvidaste bien pronto la hermosa huerta,
nido donde naciera nuestro cariño.
Aquel á quien amaste, según tu cuenta,
desde el tres de Febrero del año ochenta,
y le diste amorosa para consuelo
cintas, rizos y flores y un guardapelo;
el que se desvivía por enmendarte
y te daba consejos; mas con tu gresca,
seguías el camino, sin reformarte,
siempre tan fresca.

—

Yo pensé que aquel fuego que me quemaba
se había consumido poquito á poco
y aquel ardiente anhelo que me hostigaba
pasóse cual delirios propios de un loco;
pero ayer cuando estabas desprevenida
volví á verte en la calle de la Florida.
¡Nunca te hubiera visto, mujer perjura!
ha vuelto á su apogeo mi chifladura
y hoy con nuevos deseos, desosegado
paso la noche en vela desesperado.
Siempre fuí un niño
que no puedo pasarme sin tu cariño.

—

Como yo en estas lides soy perro viejo,
quiero advertirte, hermosa, que el tiempo avanza,
y aún puedes, escuchando mi fiel consejo,

entregarte á los sueños de la esperanza.
Ya no estás tan soberbia cual eras antes
y es muy corta la lista de tus amantes,
y desde que te he visto, triste presiento,
y no por fantasía, tu aburrimiento;
y ha de llegar el día de tu amargura,
y pagarás con creces tanta locura,
recogiendo cual fruto de tus pasiones
las tristes amarguras de tu destino,
porque el alma has dejado con desgarrones
en el camino.

—

Aún puedes, mitigando mi amarga pena,
si no has sido Susana, ser Magdalena.
Vuelve hacia mí esos ojos, que en sus ardores,
quiero encender el fuego de mis amores,
y aunque todos se rían de mis rarezas
seguiré cometiendo nuevas simplezas.
Premia, querida mía, tantos afanes;
no me causes más penas con tus enojos;
haz que sean tus labios tan charlatanes
como el fuego que alumbra tus lindos ojos.

. . . .

Has caído en el lazo bien inocente
soñando con amores y con placeres,
así se engaña á todas tan fácilmente;
¡pobres mujeres!

Emilio Sánchez Huguet.

Buenos Aires, Mayo de 1893.

HUMORADAS

No es raro que retoñe en las abuelas
ese amor que precede á las viruelas.

Parece que tu espléndida belleza
no ha sido concebida en impureza.

Suele el hombre morir en los momentos
en que empieza á ordenar sus pensamientos.

Es muy niña, y ya tiene calculadas
la fuerza y la extensión de sus miradas.

Suele ser el placer un convidado
que no asiste al festín á que es llamado.

Ramón de Campoamor.



AFINIDADES

Un señor don Juan Caballo,
que á su apellido de bruto
hace honor—según mi fallo—
rinde á la moda tributo.
Y una vez que aparecieron
representando animales,
prendedores que vivieron
cuatro semanas cabales,
el hombre siempre llevaba
con la mayor entereza,
aquel que representaba
de caballo una cabeza.
Cuando terminó la moda,
que hizo casi un mes furor,
le vimos en una boda;
mas ya sin el prendedor.
Y un chusco que estaba allí
dijo á un grupo muy formal:
—Si la copia falta aquí,
nos queda el original.

Ricardo Sánchez.

Montevideo, 1893.

SUPERSTICIONES DEL VULGO PLATENSE

El público, ganoso de ver cosas estupendas, se apiña y brega por montar á caballo en el lápiz de Apeles Mestres.

—

La gente más supersticiosa, entre el vulgo del Río de la Plata, son los negros, zambos, indios y mulatos; no tanto los mestizos; poco los blancos. Dicho se está que las excepciones no forman regla.

Conviene advertir que á los mestizos se les confunde con los indios civilizados de tal modo, que, tanto á los unos como á los otros, se les llama indistintamente *indios*, si son hombres; *chinas*, si mujeres. Eso de *chinas* no tiene que ver nada, ni figuradamente, con aquel gran imperio del Asia dogmatizado por Confucio: es cosa de los Incas. Al zambo se le dice siempre *pardo*, nunca *zambo*.

De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco, según socorridísimo refrán castellano, cuyo autor, que es el mismo vulgo, conoce á fondo la condición humana. El hecho mismo de que todos lo traigan á cuento, está demostrando que todos confiesan lisa y llanamente el pecado: todos se reconocen capaces de atentar contra la salud, contra la belleza y contra las reglas del sentido común. Sobresale en algunos la primera de dichas tendencias: *lo poco de médico*, regularmente adunado á otro poco de simplicidad, ó de la cualidad contraria; y entonces resulta el curandero. Bien se deja comprender que, siendo tan comunes en la humanidad las referidas cualidades, ha de ser bastante considerable el número de curanderos en el mundo. En el Río de la Plata las chinas y los negros son los más aficionados. Sanan, ó matan, con hierbas; á distinción del médico, que lo hace con drogas.

Drogas también, pero inmateriales, usa el saludador: fórmulas misteriosas, ceremonias, preces. En estos últimos tiem-

pos ha habido varios, algunos de los cuales han metido mucha bulla. Hay quién sana á las gentes con sólo poner la mano en la parte enferma. El público, que, estupefacto, presencia curas extraordinarias, otorga de buen grado al sencillo benefactor el título de *Tata-Dios* [1] ó *Mano Santa*, sin reparar un punto en el sacrilegio que comete. ¡Ah, si público y saludadores hubieran vivido un siglo antes! El Santo Oficio de la Inquisición de Lima los hubiera hecho pasto de las llamas.



Un sacerdote anciano de Tucumán, que de algunos años atrás, tullido, estaba imposibilitado de todo trabajo, presentóse revestido ha pocos meses ante el altar, y volviéndose á á sus feligreses, les dijo: «Hermanos, si de nuevo tengo la dicha de celebrar el santo sacrificio de la misa, lo debo, en primer lugar, á Dios, y después á fulano,» nombrando á uno que curaba con el tacto, á quien ya he aludido.

En el Tandil (si mal no recuerdo) hubo, no hace mucho, un *Tata-Dios*, que, habiendo logrado fanatizar al gauchaje, acaudilló una buena parte de él, con cuyo auxilio se propuso exterminar á los extranjeros. Aterró al vecindario, cometiendo crímenes horrendos; pero no tardó en ser ajusticiado como lo merecía.

Hubo en Entre-Ríos un saludador tan popular, que el

[1] *Tata* significa padre.

general Urquiza llegó á temer que adquiriese demasiado valimiento entre el vulgo; por lo que le encerró en una cárcel, donde permaneció algunos años, hasta que, asesinado aquel célebre caudillo, recuperó su libertad, incorporándose á las fuerzas revolucionarias de López Jordán.

El tal saludador entrerriano era saludador castizo, hecho y derecho; saludador que curaba con la lengua y con la saliva, medio de sanar á las gentes que el saludador usa de antiguo y que le distingue y caracteriza. Engéndrase éste á favor de determinadas circunstancias, según el vulgo, quien dice que *dicen* (lo que demuestra que tiene su espina) que se verifica en la siguiente forma: Si una mujer tiene siete hijos varones seguidos, el séptimo nace con una cruz en el paladar y es saludador. Evítase, apadrinándole en el bautismo el primero de los siete. Señaladísimo prestigio ha tenido constantemente, desde edades remotas, el número siete, cuya excelsa virtualidad movió á don Alfonso el Sabio á dividir en *siete partidas* el cuerpo de leyes más celebrado que dictó para sus reinos.

. . . .

Lubisón, lobisón ó *lobisonte* es el hombre que los viernes, por la noche, se convierte en perro, marrano, ternero, zorro ú otro animal doméstico ó del campo. Anda por todas partes; pero prefiere las encrucijadas, sin duda porque á ellas van á dar mayor número de caminantes, que es con quienes hace de las suyas.

Lubisón es vocablo corrompido, compuesto de las voces latinas *lupus, homo,* lobo, hombre. De modo que literalmente significa *hombre-lobo.* ¿Por qué entonces dicen que el *lubisón* es hombre que se transforma en perro, cochino ú otro animal conocido? ¡Claro! El *lubisón,* que en Europa, de donde indudablemente procede, se disfrazaba de lobo, tuvo que tomar por precisión otra forma diferente en el Río de la Plata; porque en el Río de la Plata no hay lobos, á no ser los marinos y los *bípedos* (que abundan mucho en las principales ciudades), y ninguna de estas dos clases de lobos utiliza el *lubisón* para sus fines. En defecto del lobo silvestre, se vale de un animal que acostumbre andar por el campo y por los caminos.

La generación del *lubisón* es semejante á la del saludador. Cuando una mujer tiene siete hijos varones seguidos, el séptimo es *lobisón.* Si se revuelca con un *chancho* (cerdo), se convierte en *chancho;* si con un perro, en perro, etc. Precávesele contra este destino, teniéndole en la pila el mayor de los siete hermanos.



Don Marcelino Menéndez Pelayo, apoyándose en la obra portuguesa *Epopeas da Raça Mosárabe,* de don Teófilo Braga, á quien cita, dice en su *Historia de los Heterodoxos Españoles,* que en la isla de San Miguel, una de las Azores, *subsiste* la creencia en la licantropía ó transformación de los hombres en lobos, *conocidísima,* añade, *en el norte de Europa, donde la colocó Cervantes en su Persiles.* «El último hijo de una serie no interrumpida de siete varones del mismo vientre, es *lobis-homen.* No hay modo de eludir esta fatalidad, sino poniéndole en el bautismo el nombre de *Bento* y dándole por padrino su hermano mayor, el primero de los siete sucesivos.» Este es pasaje textual de Braga, traducido por Menéndez Pelayo en una nota de su *Historia.* Sin embargo, esa misma tradición que conservan los isleños de San Miguel de las Azores sobre el modo de engendrarse el *lobis-homen,* corre puntualmente en boca del vulgo supersticioso de todo el Brasil, de donde yo presumo que pasó al Río de la Plata. Referiré algunas otras particularidades y casos curiosos.

Sospéchase que todo hombre bajo y muy flaco sea *lubisón*.

Tuve yo de sirvientes en el Salto (Uruguay) una china y un indiecito que aseguraban era *lobisón* un zapatero cuya mandíbula y labio superior sobresalían notablemente de la boca para fuera.

En Concordia de Entre-Ríos había un aguador y tenía también los dientes muy salidos, y á quien, por ende, dieron en llamar *lobisón*. Cierto día iba un muchacho á caballo por donde casualmente pasaba el aguador, y, al juntarse, le gritó: *¡lobisón!* El aguador, irritadísimo, desprende del carro su



caballo y arremete contra el muchacho, y aunque éste huía á carrera tendida y hurtaba el cuerpo á los golpes, no por eso se libró de recibir unos buenos rebencazos, que le quedaron marcados por mucho tiempo, y gracias que el ofendido no pudo atajarlo.

Oí referir á un negro campesino, que su patrón, á quien iba acompañando á caballo, estuvo caminando una noche entera sin poder llegar á su casa, que sólo distaba unas tres leguas del punto donde habían salido.—¿Y por qué? le pregunté yo.—Porque se le atravesaba un *chancho* en el camino, obligándole á detenerse y desviarse á cada instante, me contestó candorosamente.—¡Pobre caminante, si por ventura martirizaba su corazón el torcedor de los celos! ¿Por qué le estaría estorbando el paso aquel animal durante toda la noche?

¡Vaya una coincidencia! Habiendo ya escrito los párrafos que anteceden, y cuando me disponía á tomar de nuevo la pluma para continuar esta fácil y agradable tarea de referir cosas curiosas, ocurre en una calle solitaria del Salto (Uruguay), donde vivo, poco después del toque de oraciones, el siguiente episodio. Un sargento de la guarnición, negro, mata á balazos á un zapatero, pardo, de quien supuso haber recibido un maleficio, ligándole y encendiendo en su pecho una vehemente pasión que le imposibilitaba desprenderse de infiel amante. Ésta, á quien yerra un tiro, huye, cayendo aquél



mortalmente herido á los pies del irritado sargento. En seguida éste acude á su cuartel, y, presentándose ante el comandante de guardia, le dice:—Mi capitán, aquí está mi revólver, aquí mi *facón* (especie de daga, pero de solo un filo). Acabo de *voltear* á un individuo, de dos balazos. No sé si habrá quedado muerto ó herido.—¿Por qué has hecho eso? interrogó el capitán.—He tenido, dijo, especiales motivos, que manifestaré ante la justicia. He herido ó muerto á un brujo.—El capitán mandó encerrar en un calabozo al sargento, dando cuenta en el acto al jefe del cuerpo. Después contaba el matador que el zapatero le había *prometido* (amenazado) hacerle balar como un carnero. Pasaba el muerto por

saludador y hechicero, y llevaba pendiente del cuello un escapulario, bajo cuyo amparo se consideraba invulnerable.

Hallándome de paso en una estancia situada en el paraje conocido por Rincón de San Gregorio, costa del Uruguay, se me antojó cierto día pasar la noche en una isla grande y montuosa que hay enfrente, llamada Isla del Zapallo. Numerosísimo, variado é incesante es el coro de insectos y pájaros que de noche se sienten cantar: todos más ó menos extraños ó tristes; algunos espantables, como el alarido penetrante del urutao y bronco grito nasal del ñacurutú. Aunque era el rigor del verano, nos sentamos, por causa de los mosquitos, alrededor de una gran fogata que los tres hombres que me acompañaban, ayudados por los únicos moradores de la isla, indio uno y mestizo el otro, habían encendido al intento y en la que se estaba asando un cordero y calentando agua para tomar mate, comida y bebida ordinarias del paisano. Estábamos en la punta de la isla (que tenía una legua de largo), dando la espalda al monte. Contaba el indio que, cuando sobrevino la última creciente del Uruguay, parecía se hubiese guarecido un tigre en la isla, á juzgar por las pisadas, destrozos y otros signos, y que meses atrás andaban almas en pena que repetidamente lo llamaron por su nombre, llamamiento á que él acudía dejando el lecho, sin haber querido ellas decirle nunca quiénes eran ni qué pretendían, por lo que una noche, ya muy fastidiado, después de gritarles en vano como otras veces: —*¿Quién me llama? ¿Qué se les ofrece? Hablen*, profirió, encarándose á sus invisibles provocadores, una insultante frase deshonesta que el campesino platense tiene siempre en la punta de los labios. Desde entonces, añadió el indio, no volvieron á incomodarme.

—Yo no estaba aquí cuando sucedió lo que cuenta el compañero, dijo el mestizo, ni creo en ánimas. Es cierto que, cuando uno va caminando por el campo en noches de luna, se descubren á la distancia mujeres vestidas de blanco; pero que sean almas en pena no se puede garantir. Yo las he visto muchas veces; y al acercarme á ellas, como alguna vez lo he intentado, han desaparecido.

—¿Y en qué consiste, repuso el indio, que un caminante se pierda cuando menos lo piense, y si se empeña en buscar el camino, más y más se va alejando de él? ¿Qué hace usted cuando se pierde?

—Cuando me extravío, contestó el mestizo, paro, me apeo, desensillo, ato á soga mi caballo, tiendo mi cama y me acuesto. No trato de tomar de nuevo el rumbo, porque sé



que es inútil. Mas no son ánimas; porque si lo fueran, no me dejarían tranquilo, y yo duermo bien hasta que asoman las barras del día. Lo que había en esta isla días pasados, era dos matreros, que vinieron de Corrientes y creo pasaron al Estado Oriental.

Acababa de decir esto el mestizo, cuando se sintió un silbido bajo entre el monte, como de persona que no quiere sea oída sino de aquella á quien lo dirige y que está cerca de sí. Todos volvimos instantáneamente y á un tiempo la cabeza hacia el monte, guardando silencio un rato. Como nada más se sintiera, fueron todos ocupando sucesivamente su anterior posición, y yo interrogué:

—¿Qué será?

—Nada, respondieron tranquilamente los circunstantes.

Ya era hora de dormir y pensamos en acostarnos. Los moradores de la isla me ofrecieron con empeño su estrecha desvencijada vivienda, que yo rehusé, haciendo cama del

arenoso suelo entre los hombres que me acompañaban. Éstos se arrebujaron en sus ponchos para preservar cabeza y manos de la insoportable molestia de los mosquitos, y, al parecer, pronto quedaron dormidos. Yo permanecí toda la noche echado de barriga y mirando hacia el monte con los ojos bien abiertos, no sólo por el temor de que hubiese matreros, según lo que había referido el mestizo, sino también por la posibilidad de que lo fueran éste y su compañero. Como á media noche ví un cuadrúpedo mayor que un perro mastín, que se acercó á la ramada (que estaba á unos cuantos pasos de nosotros), y penetrando debajo de ella, se empinó y descolgó algo y se fué. Me acordé del tigre; pero supuse que fuera un perro.

Al cabo se levantó uno de mis acompañantes (capataz de la estancia), y se puso á hacer fuego. Le pregunté si amanecería pronto, y me respondió que ya estaba amaneciendo. Cerca descubro al indio, que estaba vuelto hacia el monte, escuchando el grito del caburé. Me dijo que efectivamente tenían un perro grande; y lo que éste llevó de la ramada, era un pedazo de carne que había sobrado.

—¿Y qué sería el silbido que se sintió anoche? le pregunté.

—Las almas en pena, respondió á media voz.

—¿Y no dice usted, repuse, que desde que usted las echó á paseo no han vuelto á parecer?

—Es, replicó el indio ladino, que sintieron gente extraña.

Otras muchas cosas pudiera yo contar de brujerías, como que, en teniendo una mujer doce hijos varones seguidos, el duodécimo es brujo, salvo que, al bautizarle, sea el mayor de ellos su padrino; pero este artículo está destinado al ALMANAQUE SUD-AMERICANO, y no sé si á su ilustrado autor y amigo mío, Casimiro Prieto Valdés, le parecerá bien que me extienda tanto.

Lectores: si por curiosidad queréis conocer palpablemente los diversos personajes que os he presentado sólo en idea, su facha, su natural actitud, la apropiada expresión de su índole y tendencias, preguntádselo á Apeles Mestres, que también es brujo.

DANIEL GRANADA.

NUESTROS COLABORADORES

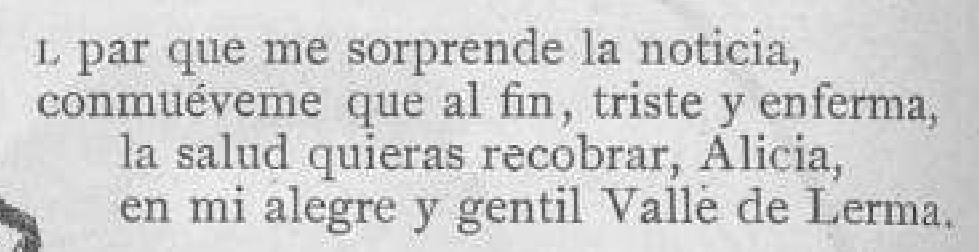


Sr. D. Moisés N. Castellanos

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO

Á ALICIA

QUE SE VA AL VALLE DE LERMA



Al par que me sorprende la noticia,
conmuéveme que al fin, triste y enferma,
la salud quieras recobrar, Alicia,
en mi alegre y gentil Valle de Lerma.

¡Gratos te sean mis paternos lares,
benigno el sol que mis montañas dora,
y mitigar consiga tus pesares
el cielo que las almas enamora!

¡Si salvando contigo la distancia
que me separa del edén nativo,
pudiera visitar los de mi infancia
verjeles ¡ay! en que soñando vivo!...

En vano ahora esta ansiedad inmensa
medir querrías en vehemente anhelo:
cuando se sufre como tú, se piensa
que no hay duelo mayor que el propio duelo.

Pero mañana, cuando á ungir tu frente
sientas llegar un hálito de vida,
y con el gozo, de tu pecho ausente,
á tu tez vuelva la color perdida;

Cuando á tus ojos ávidos se tienda
un cielo azul de vívidos fulgores
y derrame á tus pies como una ofrenda
Naturaleza todos sus primores;

Cuando al par que brillantes mariposas,
llenen los aires vagas armonías
y abrirse veas por doquier las rosas..
¡comprenderás las ansiedades mías!

¡Feliz aquel que opuso á los engaños
de un falso bien, un poco de cariño
y alegres mira transcurrir los años
en el hogar en que jugó de niño!

¡Con qué honda piedad, con qué amargura
te acordarás de mí, cuando ceñida

de viva luz, radiante de hermosura,
mires doquiera desbordar la vida!

¡Oh, y el placer que sentirás cuando halle
el bálsamo al dolor que le desgarra
tu espíritu gentil! ¡Cómo en mi valle
no ha de triunfar tu juventud bizarra!

Imagínate: diáfanos los cielos
ó ya tendidos de lujosos tules;
frescas umbrías; claros arroyuelos;
ríos que incendia el sol; montes azules.

Senderos sombreados de sauzales;
cercas de rosas, cármenes estivos,
y por cima de espesos matorrales
coloreando la flor de los seíbos.

El viento, entre las ásperas quebradas,
tristes imita en desigual lamento;
¡mas qué murmullo alegre en las cañadas,
qué sonorosas risas suelta el viento!

Como dispersos nidos de palomas
y de huertos edénicos ceñidas,
blanquean las casitas en las lomas
entre almendros en flor medio escondidas.

Tiéndenles su dosel frondosas parras,
á cuya sombra, á la hora de la siesta,
al bien templado son de las guitarras
están las almas y el amor de fiesta.

Y no se doblan bajo el sol de fuego
con mayor humildad las margaritas,
como las almas al doliente ruego
que solloza en las dulces *vidalitas*.

Tornando la labor menos pesada
con las querellas del amor más fino,
suena en los prados de la mies dorada
la sentida canción del campesino.

Mil suertes de aves que la rambla hospeda
sus notas dan á los distintos coros,
al par que agita, al son de la arboleda,
la cigarra sus élictros sonoros.

Cual si de admiración dieran señales
callan de pronto el bosque y el otero...

¡y es que resuenan por doquier triunfales
los cantos del alegre *chalchalero!*

Viene la tarde. Exhalan las florestas
vagos rumores, flébiles suspiros,
mientras del monte en las lejanas crestas
dibuja el sol rotondas de zafiros.

Juguetón y festivo entre el boscaje
ebrio de dicha el céfiro retoza,
cuchichea y murmura en el ramaje
ó con las linfas trémulas solloza.

Y es quien finge con voz vibrante y clara
rumores de himnos por doquier dispersos,
cual si alguien en las frondas recitara
de Mosco y de Bión los dulces versos.

Templos forjando de oro y pedrería,
y de las flores entreabriendo el broche,
mientra en las cumbres resplandece el día,
tiende en el valle su crespón la noche.

¡Serena, augusta esplendorosa!... El cielo
cristalino y azul: cual la de un lago
niebla sutil, el vaporoso velo
tiende la luna por el aire vago.

Limitando las negras hondonadas,
cual sombrío fantasma álzase el monte
y recorta sus curvas plateadas
sobre el pálido azul del horizonte.

De incesante rumor el aire llenan
insectos mil, y extrañas armonías,
cantos celestes, décimas que suenan
como la voz de ignotas lejanías...

¡Qué es mirar cómo vívidos resaltan
los astros en los cielos constelados
y cómo las luciérnagas esmaltan
cual rocío de luz montes y prados!

Dicen que en la alta noche, en la profunda
arcana soledad, se oyen divinas
voces, y el aire estremecido inunda
como un raudal de notas cristalinas.

Es el triste *cacuy*. En un lamento
prorrumpe de la noche en la honda calma,

de arpegios funerales llena el viento
y de infinita soledad el alma.

Y es fama que á su voz, de la tiniebla
que el tajo vela de espantable abismo,
las vaporosas hijas de la niebla
brotan y danzan sobre el tajo mismo.

Al rayo de la luna en la pendiente
raudas voltean, ó á la agreste falda
descienden por el arco de un torrente
con los cabellos sueltos á la espalda.

Ríe en Oriente el alba fugitiva
y húndense todas en el negro tajo...
Y el mundo de astros palidece arriba
y el cendal de luciérnagas abajo.

¡Oh mi valle gentil! ¡Oh sonrïente
asilo de mi amor, noble y seguro!
¡Todo es en tí sin par, más transparente
la luz, el aire saludable y puro!

¡Cómo hermosea en mi memoria y cuánto
brillo le presta al acabado lienzo
de vuestra pompa el virginal encanto,
¡oh, Pulares! ¡oh, Salta! ¡oh, San Lorenzo!

¡Gratos seáis á la que os busca ansiosa,
y vuestro cielo devolver consiga
las ilusiones de color de rosa
al alma enferma de mi dulce amiga!

¡Adiós, Alicia, adiós! Por mí de hinojos
la frente besa de mis padres, ¡y hada
sé, que el velo disipes que sus ojos
anubla al ver la casa abandonada!

¡Diles que no del mal al golpe rudo
caen sus hijos en la ardiente arena,
que él no vence al que lleva por escudo
la fe de la niñez, limpia y serena!

¿Sientes vago rumor que en leves giros
en sus ondas el céfiro arrebata?
¡Es que emprenden el vuelo mis suspiros
desde la orilla del undoso Plata!

¡Lleguen contigo á los paternos lares
donde hallarás el bálsamo á tu daño,

donde se esmalta el césped de azahares
y hay golondrinas casi todo el año!

¡Al nativo verjel, donde parecen
bandadas de palomas las aldeas,
de cuyos muros á la sombra crecen
pasionarias, miosotis y ajedreas!

Y desgranados, como en blanda lluvia
de pétalos que á tí vuelan dispersos,
¡á acariciar tu cabecita rubia
y á posarse en tu oído irán mis versos!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, Enero de 1893.

EL RELOJ

Deslizóse por mi alcoba cierta noche un hada hermosa
y me dijo:—«Vengo á hacerte por capricho, aqueste don:
en el día más infausto de tu vida borrascosa
en pedazos mil, deshecho, mirarás este reloj.»

—

Dijo y fuése. Desde entonces, del salón en el testero,
con monótono, pausado, quejumbroso y grave son,
de las horas el transcurso con su largo minutero
señalaba un hermosísimo y fantástico reloj.

—

Cuando tristes desengaños, cuando algún dolor punzante,
derramaban en mi pecho la onda amarga del dolor,
mis miradas se volvían hacia el mágico cuadrante...
¡Impertérrito marchaba, sin romperse, aquel reloj!

—

Cuando negras infidencias de la suerte me arruinaron,
—¡Ah!—exclamé—de los dolores este sí que es el mayor.—
Al salón corrí al momento... mas mis fuerzas desmayaron,
pues miré de horror transido que aún marchaba aquel reloj!

—

Cuando seres que adoraba, del destino el rayo odioso,
por llevarlos á otros mundos de mi lado arrebató,
yo me dije sollozando:—¡No hay dolor más espantoso!—
y miré con honda angustia que aún marchaba aquel reloj.

—

Cuando dos pupilas negras en las mías se fijaron
y sentí que un algo inmenso me oprimía el corazón,
con afán mis ojos tímidos al reloj se levantaron...
¡Y en pedazos mil, deshecho, ví estallar aquel reloj!

JULIÁN MARTEL.

¡ARRUINADO!



—¿Conque arruinado?
—¡Arruinado!
—¿Qué importa, esposo adorado?
firmísimo es mi querer
y aunque estés pobre, he de ver
en tí mi cielo...
—¡Estrellado!

UN PROPÓSITO DE ENMIENDA

Por calmar habladurías
y calumniosos reproches,
dice Maltilde á Matías:
—Consagraré á Dios mis días.
Y él le pregunta: —¿Y tus noches?...

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.



POR UNA RUBIA...

AHÍ va mi amigo Alberto, el seductor Alberto, devorando la distancia y sorprendido de su misma audacia, á hacer la primera visita de candidato á novio en casa de una joven rubia, de una rubia deliciosa, á quien ni conoce ni ha sido presentado.

Hace dos semanas me encontró una tarde en la calle y cerrándome el paso me hurló en el oído con voz entrecortada y llena de emoción:

—¿La ves? ¡Es ella! Va con su mamá. Es la tercera vez que la encuentro, y ya no vacilo. ¡Qué he de vacilar! Hoy mismo sabré quién es y cómo es...

Y abandonándome tan precipitadamente como me había abordado, se introdujo en una tienda próxima, siguiendo las huellas de la incógnita criatura.

Alcancé á verla. Era una joven de talle esbelto y andar elegante, muy humana en las formas y muy divina en el rostro. La nota que resaltaba dominando el conjunto era una magnífica trenza rubia que caía coquetamente sobre sus espaldas... ¡una verdadera serpiente tentadora!...

Me encogí de hombros al recordar la aturdida precipitación de Alberto, acostumbrado como estoy ya á estos lances tan frecuentes con él, é hice votos íntimos por la seguridad individual de mi amigo, á quien muy seriamente han comprometido tantas veces varios padres y hermanos irritados.

¡Un Tenorio! dirán ustedes. ¡No, señores! No es Alberto un buscapleitos, ni un perdonavidas, ni un enamorado audaz de las mujeres bonitas; no ama por vicio, ni hace daño por oficio. Es un misántropo furioso, enemigo de la sociedad y de sus leyes, y amigo de la teoría, que sostiene, de que siendo la mujer la parte integrante del hombre,—del cual tiene algo más que una costilla porque es su corazón y la razón de su existencia,—á él le pertenece sin limitaciones, según la ley de la naturaleza, que nadie puede quebrantar ni restringir. Por eso se dedica á amar á todas en cualquier forma, sin cuidarse de las conveniencias sociales.

Esa despreocupación de aturdido con que procede le ha hecho víctima de aquellas explosiones de enojo y desagrado exacerbados. Él no es el culpable; busca, persigue y estudia á la mujer, y no la encuentra; todas calculan, todas piensan. Su ideal, la mujer perfecta, ha de ser (así él lo dice) toda corazón, nada cabeza. No es, pues, en el fondo, un émulo del héroe de Zorrilla. Es un neurótico irresponsable, á quien sólo corresponde tratar como á una víctima, no como á un victimario.

. . . .

¡Pobre amigo! ¿En qué piensa mientras corre y suda á mares en esta fría noche de Junio? Oigámosle:

«—¡Ánimo, Alberto! Falta ya poco. Hubiera subido á un carruaje, pero tengo horror á la bulla; quiero presentarme sin ruido, de improviso, de una manera inesperada... ¿Cómo me recibirán? Bien, muy bien; ¿qué más recurso les queda? Las obligaré á ser galantes... ¡Qué dicha se me presenta! ¡Verla de cerca, oir su voz de ángel; contemplar arrobado esos rizos adorables que juguetean como duendecillos traviesos sobre la nieve de su frente; esos bucles perfumados que caen sobre sus hombros redondos y sobre sus espaldas róseas desbordados en oleadas de oro!... ¡Ay, Amanda! ¡cuánto te amo!... Pero... ¿y la mamá? ¡Bendita señora! No estoy del todo tranquilo; me ha mirado muy atentamente de los pies á la cabeza, como calculando cuánto valgo según la longitud de mi persona .. Daría mucho de lo que tengo por saber qué piensa de

mí la buena señora; ¡se ha manifestado tan reservada y observadora!... ¿La habré alarmado con mi precipitación? No me parece. Nada tiene de particular que á un caballo brioso como Amianto se le ocurra echar por tierra á un jinete como yo, frente á una casa como la de Amanda. ¡Vaya! ¡qué ha de tener de particular! ¡cómo que está enseñado y basta hundirle la



rodela en los ijares!... Y no tiene nada de extraordinario tampoco el hecho de que al caer se me afloje una pierna ó se me endurezca un brazo, mientras se ríen á grandes carcajadas las niñas, ocultándose detrás de las ventanas; ¡qué ha de tener de extraordinario!... Y no es tampoco cosa del otro mundo que con paso torpe me acerque á la sirvienta y le pida... lo que se pide en tales casos: un cepillo para quitarme el polvo, y ésta entre en la casa y vuelva luego con la señora y las niñas á ofrecerme todas cepillo, agua, aire, reactivos, médico... ¡qué sé yo cuántas cosas! y yo lo acepte todo afectando estar cohibido y contrariado, y me deje guiar y cuidar y hasta curar, con el único propósito de hacerme simpático y de poner á la

dueña de la casa en el duro aprieto de pasar por inculta con un joven decente, ó de ofrecer sus salones á un desconocido que nada ha hecho para merecer tanto honor. Y sin embargo... ¡no me los ha ofrecido!... ¿Por qué será?... ¿Un olvido?... No importa; yo me los ofrezco y es lo mismo; decididamente esta noche me estreno. La mamá tendrá que ser amable por fuerza; no le queda más remedio; supongo que será viuda... ¡si fuera casada!... Me asusta el pensar que... ¡Ánimo, Alberto! sacarás fuerzas de la misma emoción... ¿Número 1015? aquí es; por fin he llegado.»

Sonó el timbre y poco tardó la sirvienta en recibir la elegante cartulina con el nombre de Alberto Lover.

—¿Está visible la señora Eudocia?

—Sí, señor.

—Pues hágame el favor de pasarle esta tarjeta.

—Al momento.

—¿Qué dirán en cuanto sepan?... pensó Alberto sonriendo. ¡No! lo que es la mamá no puede vacilar y me abrirá las puertas de su casa; ¿quién lo duda? .. ¡Ay, Amanda! ¡en qué apuros me pones!... ¡Si no tuviese la seguridad de que me ama!... porque me ama; no me queda la menor duda. ¿Acaso al mirarla no se sonríe... y suspira?... Sí, yo creo que suspira... Bendigo al cielo... y á Amianto, único autor de mi felicidad. Pero oigo pasos... es la sirvienta... ¡valor, Alberto!

—Pase usted adelante... al escritorio.

Poco después:

—Señor mío...

—Caballero... Tome usted asiento.

—Gracias...

—Usted es el joven del accidente... ¿verdad?

—Sí, señor; yo soy el joven del accidente... muy servidor suyo.

—Deseaba saber de usted... ¿qué tal? no ha sido nada, ¿eh?...

—¡Bah! muy poca cosa, un brazo roto... nada más. ¿Y la señora?... ¿y las niñas?...

—Están bien todas; gracias...

—Me felicito...

Breve pausa.

—Usted es, quizás, el esposo de la señora...

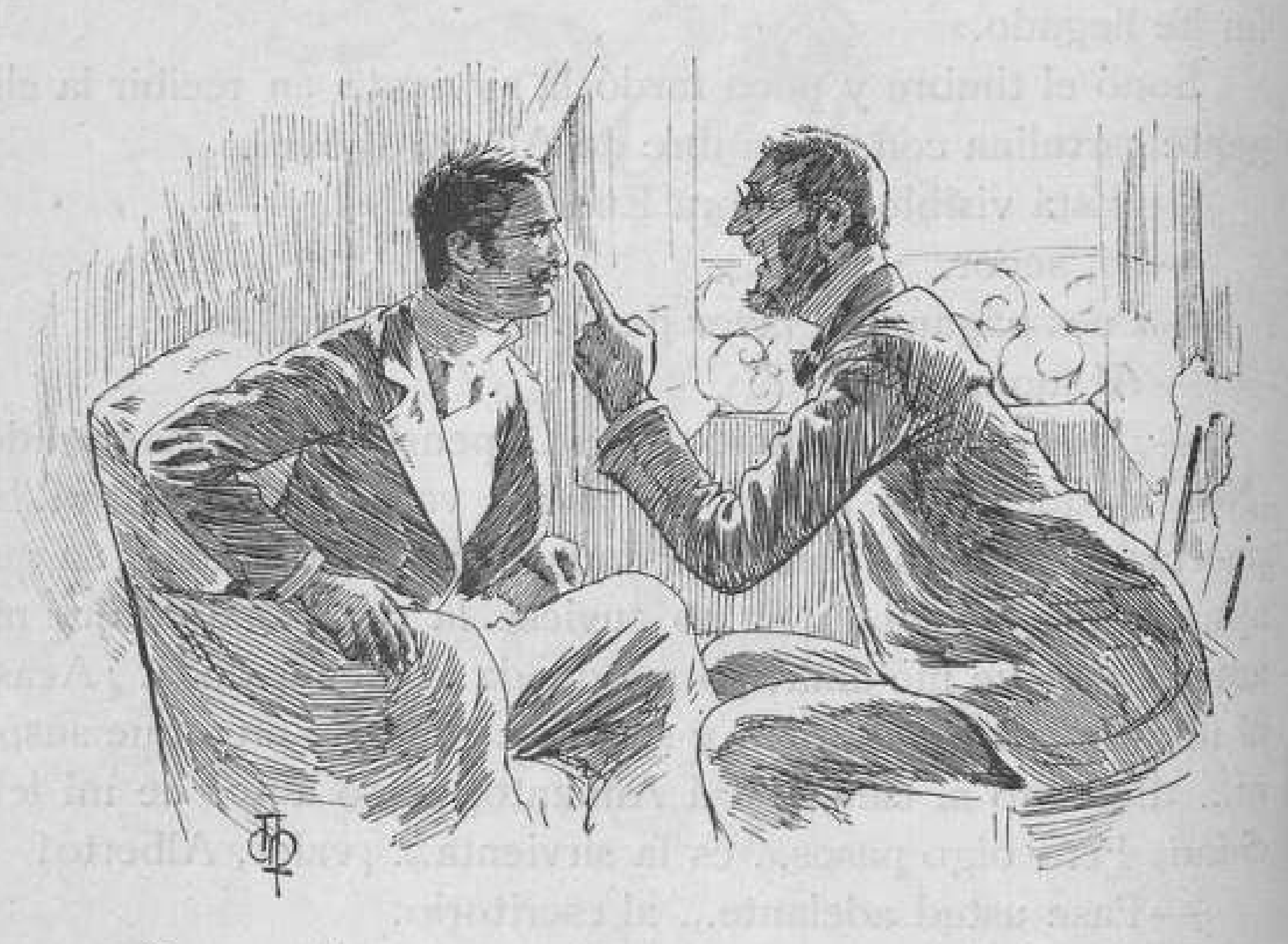
—Efectivamente; soy el esposo de la señora.

—¡Ah!... ¡cuánto lo celebro!...

Alberto se ha mordido un labio.

—Y usted... ¡vamos!... deseará saber el objeto de mi visita...

—Creo adivinarlo...



—¿De veras?

—Supongo...

—Ha supuesto usted bien: el objeto que me trae á su casa es agradecer nuevamente los cuidados que se dignó prestarme su familia, y aprovechar esta oportunidad para... para...

—¿Para qué?

—Pues nada... para revelar á usted el interés que ha despertado en mí su bellísima hija...

—¿Mi hija?...

—Y mis deseos de hacerme digno de ocupar la atención de Amanda...

—¡De Amanda!...

—Y de merecer sus simpatías, porque... ¿á qué ocultarlo? á ella no le soy del todo indiferente; creo que ya se lo puedo decir á usted en confianza...

—¿A mí?...

—Usted sabe... una mirada, una sonrisa... tienen su significación en circunstancias especiales.

—¡Cómo!... ¿usted piensa?... ¿usted cree que?...

—Sí, señor; creo que no han desagradado á Amanda mis demostraciones...

—¡Cómo! ¿se habrá usted permitido?...

—¿Enamorarla? Sí, señor; y aun me atrevo á asegurar que soy correspondido.

—¡Miente usted!...

Y al decir esto, el dueño de casa salta furioso de su asiento.

—¡Ese insulto!... exclama Alberto, levantándose también instintivamente.

—¡Atreverse á asegurar que Amanda le ama!... ¡habrá infamia!

—Pero, permítame usted, caballero; Amanda... su hija...

—¿Mi hija? ¿se ha vuelto usted loco? Amanda no es mi hija; Amanda... ¡es mi mujer!...

—¡Su mujer!!!...

Alberto, estupefacto, palidece, da un paso atrás, balbucea una excusa torpe, busca la puerta de salida y desaparece exclamando:

—¡Me he lucido!

. . . .

Que es precisamente lo mismo que digo yo á mis lectores al terminar este artículo.

Álvaro Cástez.

EPIGRAMA

—¿Qué *letra* es esa, marido,
que hoy te ha vencido?
—¡Ay, Carlota!
supuesto que *me ha vencido*,
para mí es una *D-rota*.



EL DISTINTIVO
DEL TONTO

Un *dandy* que viste mal
y tiene cara de sapo,
ayer tarde, en el ojal
llevaba una flor de trapo.
Entonces tomé en aprecio
lo de un insigne escritor:
«que suele ser una flor
condecoración del necio.»

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

EPIGRAMA

—¿Viene usted por el recibo?
—Sí, señor, vengo por él.
—Pues en tanto que lo extiendo
tome asiento y pruebe usted
este té, que es exquisito,
y estas pastas...
—¡Don Manuel!
¡me deja usté estupefacto!
es usté el único *inglés*
decente que he conocido,
pues da *recibos* con *té*.



LA NIÑA DE NIEVE

Tus frialdades no me explico
sabiendo cuánto te adoro;
¿acaso no soy un chico
que vale cualquier tesoro?
¡Ni una esperanza me ofreces
y amor me abrasa y me quema!
¿no ves, mujer, que pareces
hecha de helado de crema?
Tan fría siempre te he hallado,
que cuando te conocí,
antes me sentí resfriado
que enamorado de tí.
¿Y ha de ser vana mi queja?
¡Dios no lo permita, Inés!
cásate conmigo y deja
tu frialdad... para después.
—¡Inútil afán! tu anhelo
no ha de aplacar mi rigor:

mi amor no es de aquí... ¡es del cielo!
—No te comprendo...
—Al Señor
por dulce esposo elegí
y en el claustro busco asilo...
—¿Y qué haré ingrata sin tí?
—Te quedarás... tan tranquilo.
—Tu frialdad, Inés, me admira,
—Aunque te ponga en un brete,
quiero ser monja...
—Pues mira,
te puedes llamar *Sor-bete*.

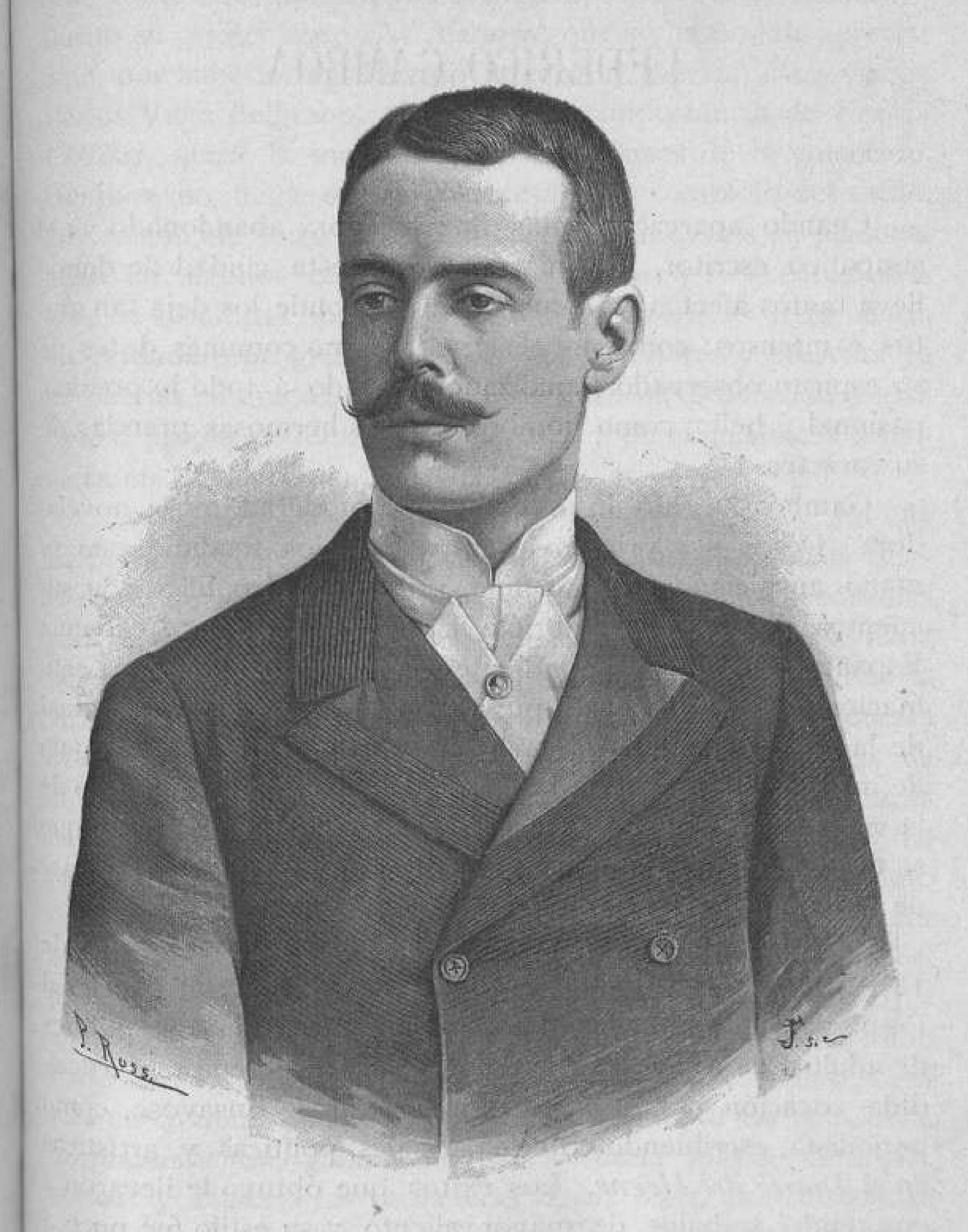
CASIMIRO PRIETO.

REDEMPTIO

Llegué á desesperar... ¿A dónde iba
por el rudo peñón cortado á tajo?
Miré el cielo ¡y estaba muy arriba!
La sima con su vértigo me atrajo;
torné la faz á la traspuesta hondura,
ví la tierra ¡y estaba muy abajo!
Y á la mitad de la pendiente dura,
donde el fragoso alud brota y resbala,
dudé entre la vergüenza y la locura.
Y un gran buitre al pasar me hirió con su ala;
y oré sabiendo que el incienso sube
á excelsitudes que el condor no escala.
Imploré con fervor... Y me detuve,
observando con pasmo que mi ruego
se condensaba en derredor en nube.
Y algo como una lágrima de fuego
brilló en ese vapor, germen de estragos
y dijo á mi dolor, convulso y ciego:
—Yo soy el numen de tus sueños vagos;
yo soy la llama de la zarza ardiente;
yo soy la estrella de los Reyes Magos.
Yo soy la Redención.—Y eco rugiente
se levantó del valle y parecía
como rumor de mar... y alcé la frente
y puse el pie en la nube que partía.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Méjico.



Sr. D. Federico Gamboa

DISTINGUIDO NOVELISTA Y DIPLOMÁTICO MEJICANO

FEDERICO GAMBOA

Cuando aparezcan estas líneas, habrá abandonado ya el simpático escritor, el amigo querido, esta ciudad de donde lleva tantos afectos y recuerdos y en donde los deja tan gratos é intensos: como novelista, por las no comunes dotes de su espíritu observador, analizador y dado á todo lo poético, pasional y bello; como hombre, por las hermosas prendas de su carácter.

Gamboa ha sido un mimado de la moderna musa noveladora. Desde sus primeros pinitos literarios, tendióle ésta su mano auspiciadora de fortuna, presentóle al público con sus cuentos *Del Natural*, abrióle las puertas de la Academia Española, como correspondiente, y recomendándole á la estimación general, dióle su puesto en el gran taller intelectual de la idea, dejando en su alma de adolescente, como regalo de madrina, la gracia y la energía, la sinceridad y el fuego de la vida artística, y como gaje de despedida, como beso que se tira con el adiós de la separación, un puñado de ritmos y de giros nuevos del decir.

Federico Gamboa nació en Méjico el 22 de Diciembre de 1864. Hizo sus primeros estudios en la Escuela Nacional Preparatoria de aquella ciudad y los terminó en una pública de adultos de Nueva York, mostrando, desde temprano, decidida vocación por el cultivo de las letras. Ensayóse, como periodista, escribiendo crónicas sociales, políticas y artísticas en el *Diario del Hogar*. Los éxitos que obtuvo le llevaron á emprender trabajos de mayor aliento, y su estilo fué poco á poco ampliándose y vigorizándose al encauzar — en varios cuentos que dió sucesivamente á luz — su tendencia vivaz por el género literario que hoy más priva y que mayores y variados horizontes tiene por delante: la novela.

Con esos cuentos, — pequeños cuadros de la vida real, en

que el autor se muestra ya naturalista, ó mejor dicho, verista—formó su primer libro *Del Natural*, que se ha podido apreciar aquí, por haberlo reproducido íntegro la *Revista Nacional* de Carlos Vega Belgrano. A pesar de la importancia de *Vendía Cerillos*, quizá la mejor de las narraciones de la colección, Gamboa no llega en ellas al desarrollo completo del estilo, que solamente toma las formas características de su personalidad en algunos capítulos de *Apariencias* y se acentúa más aún, en su último libro *Impresiones y Recuerdos*. Éste acusa un verdadero progreso sobre los dos anteriores y presenta ya de cuerpo entero al estilista de raza, de tacto delicado y con caudal propio de ideas, de imágenes y de exquisiteces armónicas en la elocución.

Apariencias ha sido su primera obra de aliento. En ella ha pecado por exceso, se ha detenido demasiado en la descripción de escenas y escenarios que no eran indispensables para el desarrollo de la acción principal, todo lo cual nada tiene de extraño en un escritor joven, pues la sobriedad es la virtud de la experiencia. Toda la primera parte, compuesta de episodios de la invasión de Méjico por los franceses, de indisputable mérito literario, no tiene otra vinculación con la novela que la de pintar algunos rasgos de la juventud del futuro protagonista Pedro, de los cuales podía en absoluto prescindirse, siendo únicamente en la conducta y el carácter del hombre, modificables por la edad, que debía estudiar el problema psíquico social del adulterio, tan viejo como la humanidad y como ella eternamente nuevo, que sirve de nudo y de fundamento á la obra. Esa introducción forma por sí sola un conjunto independiente, que separado de la novela, propiamente tal, ganaría mucho y daría mayor cohesión, unidad y realce á las verdaderas *Apariencias*, que comienzan con el drama de amor de Elena y Pedro y sus luchas en la pasión y el deber, entre la razón y sus instintos.

En esa primera parte hay páginas bellísimas y cuadros de gran verdad, llenos de color y de vida.

La figura de don Lucas está acabadamente presentada. Se le ve, se le oye, casi se le palpa. Su actitud de chiflado

sublime, defendiendo el querido terruño, me recuerda el lienzo de Boutigny, *Un bravo*, en que un antiguo soldado de la Crimea y África, pretende, solo, detener un grupo invasor que avanza por el *Faubourg Saint Michel*. Se arrodilla en medio de la calle y descarga su carabina: hace dos víctimas; pero en seguida cae acribillado, pagando heroicamente, de manera tan oscura como estéril, el tributo de su vida en aras de la patria. El decrépito don Lucas se sacrifica así por salvar su aldehuela, muere, y va á confundirse y desaparecer para siempre en esa inmensa legión ignorada de abnegados altruístas sin nombre y sin bandera que ha desheredado la fama y la fortuna.

El argumento de *Apariencias* puede condensarse en pocas palabras. Don Luis, protector generoso de Pedro, se casa con Elena, joven pobre, y que podía ser su hija. Elena y Pedro se enamoran, y éste rompe el compromiso que había contraído con Magdalena, á quien casi mata el desengaño. Ambos jóvenes, propiciados en su amor por cuanto les rodea, después de un proceso pasional, más largo en lo contado que en sí mismo, guardando como consumados artistas las apariencias de aquella vida de hipocresía y falsedad, sin consideración alguna por el confiado y paternal marido, se entregan á los impulsos de su sensualidad que acaba en desenfrenada lascivia. Don Luis descubre al fin la desgarradora traición, baja y miserable, pero humana. Quiere matar, en el primer momento de su indignación y su despecho; pero luego su nobleza y su filosofía le salvan de arrojar sangre sobre el lodo y les *deja la vida como castigo*.

En *Apariencias* todo prepara y pide el adulterio: lo extraordinario sería que no se consumara. El marido es viejo, ingenuo y sin malicia; la mujer es joven, bella, voluptuosa, algo soñadora y con anhelos no satisfechos; el protegido reune todos los prestigios de la juventud, de la hermosura varonil y del talento; es el niño mimado de la casa, no se habla sino de sus méritos y le dejan siempre con ella juntos y solos: ¿qué otra cosa podía suceder? No hay sentimiento de gratitud por acendrado que sea, que en tales condiciones

pueda vencer las exigencias de la edad y de los sentidos. Por eso el desenvolvimiento de la acción no despierta gran interés, porque el desenlace no solamente se adivina, sino que se impone.

Para que Pedro y Elena hubieran tenido otro atractivo, otra aureola, otro valer y hubieran resistido el empuje de la pasión, el fuego de sus miradas y todas las tentaciones del amor y de una juventud exuberante, en roce continuo, en lucha diaria, necesitaban un carácter excepcional, y una altura moral muy superior á la que, por desgracia, alcanza el común de nuestros semejantes. La obra hubiera sido así mucho más transcendente, más nueva, de mayor arte, nobleza y hermosura; pero también mucho menos humana.

Magdalena es todo poesía y gentileza. Esa inocente víctima es como un rayo de sol que alegra el alma al rasgar la penumbra de una atmósfera húmeda é inficionadora; es un jirón de cielo azul que hace pensar en esa belleza que no muere; es una ráfaga de mirra balsámica que calma las laceraciones producidas por esa filosofía del protagonista, que podría llamarse *el egoísmo del instinto*, y es, en fin, después de abandonada á sus lágrimas y su dolor, como un puñado de violetas y jazmines, esparcido sobre la tumba de su amor y de sus esperanzas.

¡Lástima que Gamboa se haya dejado dominar tanto por el encanto peligroso del detalle y la minuciosidad! El dicho del viejo bardo Hesiodo: «La mitad es á veces más que el todo,» es una verdad aplicado á *Apariencias.*

Sin embargo, á pesar de los defectos apuntados y de otros relativos á los resortes de la intriga, esta obra es de un mérito positivo, por la forma, por el estudio de caracteres, de sentimientos y de móviles y por las reflexiones sensatas que contiene sobre el hombre y la vida social.

En *Impresiones y Recuerdos* ha dado un gran paso adelante. Hay más soltura, pureza, amenidad é interés, aun cuando nada diga extraordinario. La sinceridad respira en todas las páginas de este libro, como que es uno de los rasgos más descollantes de su personalidad.

En algunos de los juicios que emite puede haber error; pero de seguro es ingenuo.

Gamboa ha comenzado ya su cuarto libro, que se titulará *La ley suprema*. Es un trabajador incansable. Admira al gran Zola y se inspira en su ejemplo.

Con su talento y la energía de su voluntad puede juzgarse adónde llegará, por el brillante puesto que ya ocupa entre los novelistas sud-americanos.

ANGEL MENCHACA.

Buenos Aires, 4 Agosto 1893.



Á UN LAUREL

En la primaveral eflorescencia,
cual ígneas manchas, tus estrellas rojas
cubren en profusión las verdes hojas
de metálico esmalte y refulgencia;

y en aromosas ráfagas, tu esencia
á los errantes céfiros arrojas...
¡Laurel! tu pompa insulta las congojas
de la postrera edad de mi existencia!

¡Prenda falaz de triunfos inmortales!
Hoy mi doliente corazón no engañas:
sé que encierras en tí jugos letales,

por premio á las olímpicas hazañas;
y tus agudas hojas son puñales
que hieren del poeta las entrañas!

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil.



ROMANCE AMOROSO

Á CLORI

Dices, Clori, que un capullo
cortaste al rayar el día,
del rosal que en tu ventana
con tanto esmero cultivas.
Dices que en su fresco cáliz
una gota cristalina
viste brillar de rocío,
como perla fugitiva.
Y ansiosa de su fragancia,
ó tal vez arrepentida
de haber arrancado al tallo
la bella flor purpurina,
Acercándola á tu boca
que puro carmín matiza,
un beso le diste, amante,
mientras ¡pobre flor! decías;

Que la gota de rocío
por tus labios absorbida
se secó quedando sólo
las tristes hojas marchitas...
¡Y lloras por eso, Clori!
no te apenes, pobre niña,
que de una flor nunca puede
otra flor ser enemiga.
No la marchitó tu aliento,
tan leve como la brisa,
fué... que el fragante capullo
de tus labios tuvo envidia.

J. J. García Velloso.

Buenos Aires, Junio de 1893.

ESTANCIAS

Este es el muro; y en la ventana,
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.
Dejé mis versos en que decía
con frase ingenua cuitas de amores;
dejé mis versos que al otro día
su blanca mano pagó con flores.
Este es el huerto, y en la arboleda,
en el recodo de aquel sendero,
ella me dijo con voz muy queda:
«Tú no comprendes lo que te quiero.»
Junto á las tapias de aquel molino,
bajo la sombra de aquellas vides,
cuando el carruaje tomó el camino,
gritó llorando: «¡Que no me olvides!»
Todo es lo mismo: ventana y hiedra,
sitios umbrosos, fresco emparrado,
gala de un muro de tosca piedra;
y aunque es lo mismo todo ha cambiado.
No hay en la casa seres queridos;
entre las ramas hay otras flores;
hay nuevas hojas y nuevos nidos,
y en nuestras almas nuevos amores.

Francisco A. de Icaza.

Méjico.

CALAVERADAS
DE UNA MENTE VAGABUNDA

En todo el reino animal no existe una metamorfosis tan rápida como la que experimenta la mujer, que se levanta de la cama en estado de oruga y al salir á la calle está hecha una mariposa. Esa súbita transformación es obra de la omnipotencia mágica de los postizos. Quedan exceptuadas de esta aserción las mujeres que no son orugas, ni aun cuando se levantan de la cama, y que, en materia de encantos plásticos, tienen capital propio.

—

No doy dos centavos por el talento de los hombres físicamente virtuosos. Me explicaré. Entiendo por físicamente virtuoso al hombre que no bebe más que agua y leche, que no fuma, que no come más que lo estrictamente necesario para mitigar el hambre, que es siempre correcto en el trato social, que no pierde su cachaza en trance alguno de la vida, que queda neutro en presencia de las bellezas plásticas del sexo *opuesto;* en suma, el que es refractario á todo género de excesos físicos, vicios ó pasiones. Un hombre así alcanzará larga vida, no llegará á conocer enemigo alguno, y atravesará este valle de lágrimas sin derramar una sola... á menos que le den una cebolla á oler.

Estas virtudes físicas no quitan que el que las tenga sea un solapado hipócrita y un egoísta matriculado, pero sostengo que tan dichoso bímano será sólo excepcionalmente una mediocridad, porque en la enorme mayoría de los casos será una nulidad acabada.

La recíproca no es verdadera, ó, en otros términos: Dios me libre de sostener la herejía de la necesaria ó fatal vinculación del talento ó del vicio. No. Tanto como eso, no. No todos

los hombres viciosos y apasionados son unos talentos; lejos de eso; pero sostengo que no hay hombre sobresaliente que no tenga algún vicio manifiesto ó secreto, ó cuando menos alguna pasión que está reñida con el código de la corrección social.

Un cerebro que funciona vigorosamente engendra ideas buenas y acciones generosas, pero al mismo tiempo segrega, como producto del cansancio cerebral, una vez vicios, otra pasiones, y las más de las veces tan sólo inofensivas y ridículas excentricidades. Precisamente este cúmulo de vicios, pasiones y ridiculeces es la fuente eterna del arte y de la ciencia, que constituye lo eminentemente humano de la humanidad. Si fuéramos todos físicamente virtuosos, no nos distinguiríamos en nada de una enorme manada de orangutanes.

Prefiero ser hombre con todas mis debilidades, á ser orangután correcto é irreprochable. Declaro aquí que no doy ningún derecho á los calaveras y crápulas para que se tengan por individuos de talento apoyados en mi opinión.

—

Una risotada franca y sacudona de cinco minutos tan sólo compra la salud para toda una semana. Por eso considero que la audición de las alegres producciones del repertorio lírico-bufo-alemán-francés es un entretenimiento verdaderamente higiénico.

—

Los goces de la posesión de una cosa disminuyen en intensidad á medida que transcurre el tiempo que dura la posesión. La duración no interrumpida de un goce, ó su frecuencia, engendran la indiferencia primero y el hastío después. El hastío es la negación del goce. El pobre que va una sola vez al año al teatro, goza más en este goce único que el rico en las trescientas y tantas que puede regalarse en el mismo lapso de tiempo. El que vive siempre en la abundancia se acostumbra pronto á ella, y junto con la costumbre pierde el goce. El pobre tiene un número muy limitado de goces, pero en cambio los goza de veras, precisamente porque no está acostumbrado á ellos. De todo puede uno hastiarse, menos de los

goces inherentes á la labor intelectual, porque éstos varían al infinito, y porque la variación excluye el hastío. La mayor suma de satisfacciones debe, por consiguiente, buscarse en la actividad del cerebro, y no en los goces meramente materiales. El goce que se experimenta en la resolución de un problema, ó en la disipación de una duda, ó en la confirmación de una hipótesis, ó en la demostración de un teorema, ó en el hallazgo de la conexión causal de dos ó más hechos, ese goce, repito, es infinitamente superior al de comer bien, beber mejor, y dormir óptimamente. Toda la enorme manada de los escasos de espíritu no serán de mi opinión seguramente, pero esto poco importa, mientras tenga yo razón.

—

Los diez mandamientos pueden en la práctica reducirse á uno solo: *Haz lo que quieras, pero no te dejes agarrar.*

—

Entre el número infinito de creencias, infundadas las unas, y reñidas con el sentido común las otras, que forman en su totalidad el gran tesoro de la ignorancia popular, tan provechosamente explotado por los políticos de doce en docena, los malos clérigos, los embaucadores y charlatanes de todo pelaje, figura también la de que el genio no habita los cuerpos sanos, robustos y bien desarrollados, sino los enfermizos raquíticos y de esqueleto escaso. Se cree generalmente que un hombre de dimensiones hercúleas no puede ser más que un papanatas, una especie de toro de dos patas, y se cree eso, porque se barrunta que donde abunda tanto la materia tiene necesariamente que escasear el espíritu. Lo del *mens sana in corpore sano* no lo conoce el vulgo, porque si lo conociera lo había de tomar por una de las muchas pamplinas de Juvenal. La opinión popular á que acabo de aludir y que no lisonjea mucho á los numerosos colosos que, á la vez que sobresalían y sobresalen en lo espiritual, se singularizaban y siguen singularizándose en las balanzas, marcando números crecidos de kilogramos, esa opinión, repito, carece totalmente de sentido, porque parte de la idea absurda de que en un continente pequeño cabe un contenido mayor que en otro más amplio.

El continente es aquí el cuerpo, el contenido la potencia intelectual. ¿Qué es la potencia intelectual? Es indudablemente la manifestación de una fuerza, acaso electro-química, que á su turno es el atributo de una determinada materia, la sustancia nerviosa. Esa fuerza transmite en corrientes eléctricas las sensaciones al cerebro, cuyo estado molecular modifica, para despertar la conciencia, que es la que percibe las sensaciones, evoca las ideas y los recuerdos, establece las comparaciones, forma los juicios y determina la voluntad. Ahora, está fuera de duda, que la potencia intelectual, siendo como es una fuerza del cerebro, no depende precisamente de su peso, ó de su tamaño, sino de su estructura molecular, y que puede darse el caso de que un cerebro menos pesado, ó más pequeño, esté mejor organizado que otro más pesado, ó de mayor tamaño, pero la existencia de esta posibilidad no implica que ese fenómeno se verifique siempre, en todos los casos, ó, en otros términos, no existiendo una relación numérica fija entre el tamaño del esqueleto y el de la bóveda craneana del hombre, no es de ningún modo de presumir que los hombres de escasa estatura sean más inteligentes que los de estatura elevada. Si entre los hombres bajos hay más individuos sobresalientes que entre los altos, es porque aquéllos son considerablemente más numerosos que éstos. La leyenda de que un espíritu superior no habita sino un cuerpo chico, tiene su raíz principal en el hecho de la escasa estatura de Napoleón I, quien ha sido mirado siempre por todos los franceses, galófilos y admiradores del éxito, como la más genuina y legítima personificación del genio. Verdad es que Napoleón poseía el espíritu sintético en grado superlativo, esa preciosa cualidad sin la cual no se es organizador ni de Estados, ni de victorias, ni siquiera de una sociedad de socorros mutuos, pero tampoco deja de ser cierto que un cúmulo de circunstancias propicias le favoreció singularmente en todas sus empresas, particularmente en las militares. Bien sabido es que Napoleón no tuvo que habérselas en los campos de batalla sino con nulidades reconocidas como tales por todos los historiadores, y si bien sería injusto querer sostener por eso que dicho héroe no era

tal genio, sino simplemente algo más que una nulidad, no se comete un error de juicio si del genio se descuenta una buena parte para acreditar con ella la cuenta de los adversarios que contribuyeron con sus increíbles inercias á asegurar á Napoleón sus victorias. Queda así demostrado, que no por ser alto y morrudo es necesario ser bruto. Bismarck y Gladstone están indudablemente convencidos de esta verdad.

FRANCISCO LATZINA.

HUMORADAS

EL PLACER Y EL DOLOR

Sólo recuerdas de tu edad pasada
lo que hubo de infeliz en tus amores.
¡Qué quieres, prenda amada!
El dolor nos recuerda otros dolores,
pero un placer no nos recuerda nada.

FLORES DE CIENO

Todavía perjura,
mi corazón se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que con restos de un muerto, cría flores.

LO QUE INSPIRA EL MUNDO

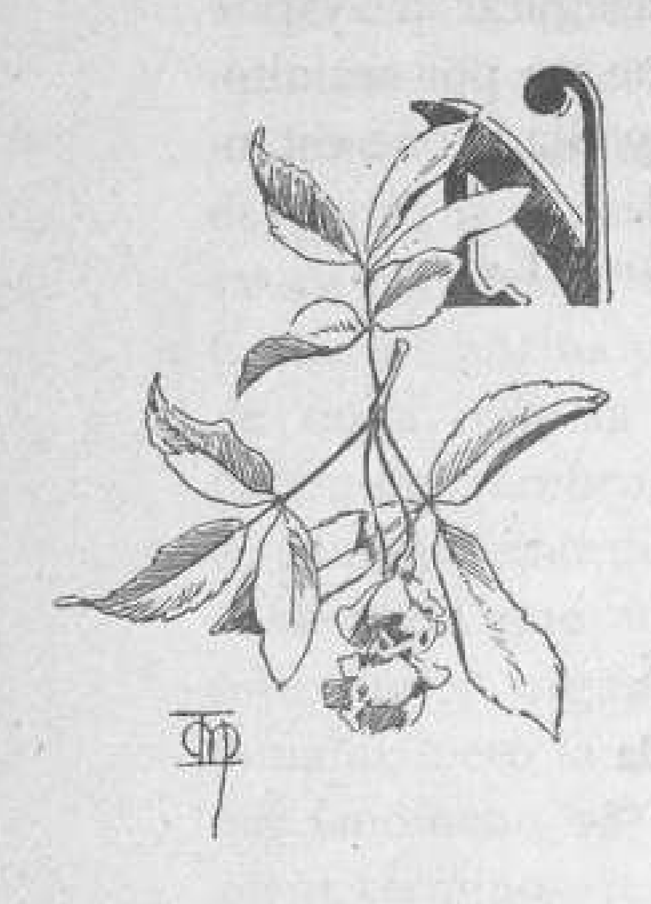
Al ver al mundo entero
vagar sin norte y con la fe perdida
siento por él ese dolor sincero
que siente por su enfermo el enfermero
en el último instante de su vida.

EL FONDO DEL VASO

Al final de la orgía
siente ella pesadumbre y él bosteza;
que en amor, ya agotada la alegría,
se queda cada cual con su tristeza.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

TUS OJOS [1]



No tiene la alborada
del más hermoso día
tan lánguidos destellos
como hay en tu mirada,
dulce adorada mía.
Tu mirada es la luz, es la alegría;
brilla en tus ojos bellos
la pureza de un alma de paloma,
de un alma niña, cándida inocente,
que reverbera y se abrillanta en ellos;
de un alma que se asoma
detrás de tu pupila transparente,
como un ángel de Dios, como un querube
que se asomara con curioso anhelo
detrás de azul y transparente nube
á contemplar la tierra desde el cielo.
Desde ese azul profundo
no se verán del mundo los enojos...
¡ay! ¡quién pudiera contemplar el mundo
con el cristal tan puro de tus ojos!
De tus ojos, bien mío, donde creo,
que adivino, que veo
algo de la pureza
con que la vida breve
á despertar empieza
en el botón de rosa,
blanca como la nieve,
que al concluir la noche,
á los besos del aura rumorosa,
abre su débil broche,
colúmpiase dichosa,
y al aire vago suelta
de su corola esbelta
la esencia deliciosa.
Tú eres la inspiración; hay poesía,
hay algo en tu mirada
que habla á la fantasía,
todavía aunque triste soñadora,
de la primera aurora
del tiempo que nacía,

[1] De un libro inédito titulado *Versos á Carmen*.

cuando empezaba la niñez del mundo
cuando alzaba soberbia la mañana
su frente soberana
sobre el caos profundo,
y cuando derramaba en el espacio
la lumbre brilladora que surgía,
con fulgores de oro y de topacio
oleadas de amor y de alegría.
¡Ay! así el alma mía,
de ausencias y de tristes soledades
en otro inmenso caos sepultada,
se ilumina á la luz de tu mirada
con olas de celestes claridades.

Hay un dolor profundo
que mina mi existencia,
que enluta el pensamiento,
que me ennegrece el mundo;
espina emponzoñada
con veneno de ausencia
¡ay! que siempre clavada
en las entrañas míseras la siento.
Es un dolor sombrío
que en los contentos de mi vida vierte
gotas de hiel, de hastío;
más que el hastío, inerte,
más que el invierno, frío,
más negro que la idea de la muerte.
Cuando el recuerdo evoco
de mi niñez perdida en lontananza,
¡ay! siento que del alma poco á poco
se me va desgarrando la esperanza,
y con ella llevándose la vida,
de volver hacia tí, patria querida.
¡Dolor de los dolores!... Tú, que vienes
á la tierra del cielo,
cuya alegría en tu mirar mantienes,
cuyo amor todavía reverberas,
tú me comprenderás; pero tú tienes,
aunque triste, un consuelo,
¡volver cuando te mueras!
¡Yo moriré sin verte, patria mía!
Cuando cruel se clava
esta idea en mi mente,
desoladora y brava
como un hierro candente;
cuando en dolor sumido

levanto triste la ceñuda frente
y encuentro sorprendido
tu angelical mirada
que sobre mí se posa
lánguida, cariñosa,
olvido el cielo de mi patria amada;
mis dolores olvido;
la contracción horrible de la pena
que asomaba á mis labios indecisa,
truécase en la sonrisa
más plácida y serena;
respira el pecho ahogado;
el mundo se engrandece;
la nube del dolor se desvanece;
vuelve á mi ser la calma;
siento el sol en mi alma
antes helada, yerta;
parece que sonríe, que despierta
naturaleza hermosa
á mi vista asombrada,
como después de noche tormentosa
sonríe al iris de la paz amada.
Y sin caer, oscila,
vapor del dolor mío,
una lágrima ardiente en mi pupila,
que á la luz de tus ojos se evapora,
como suele la gota de rocío
evaporarse al rayo de la aurora.

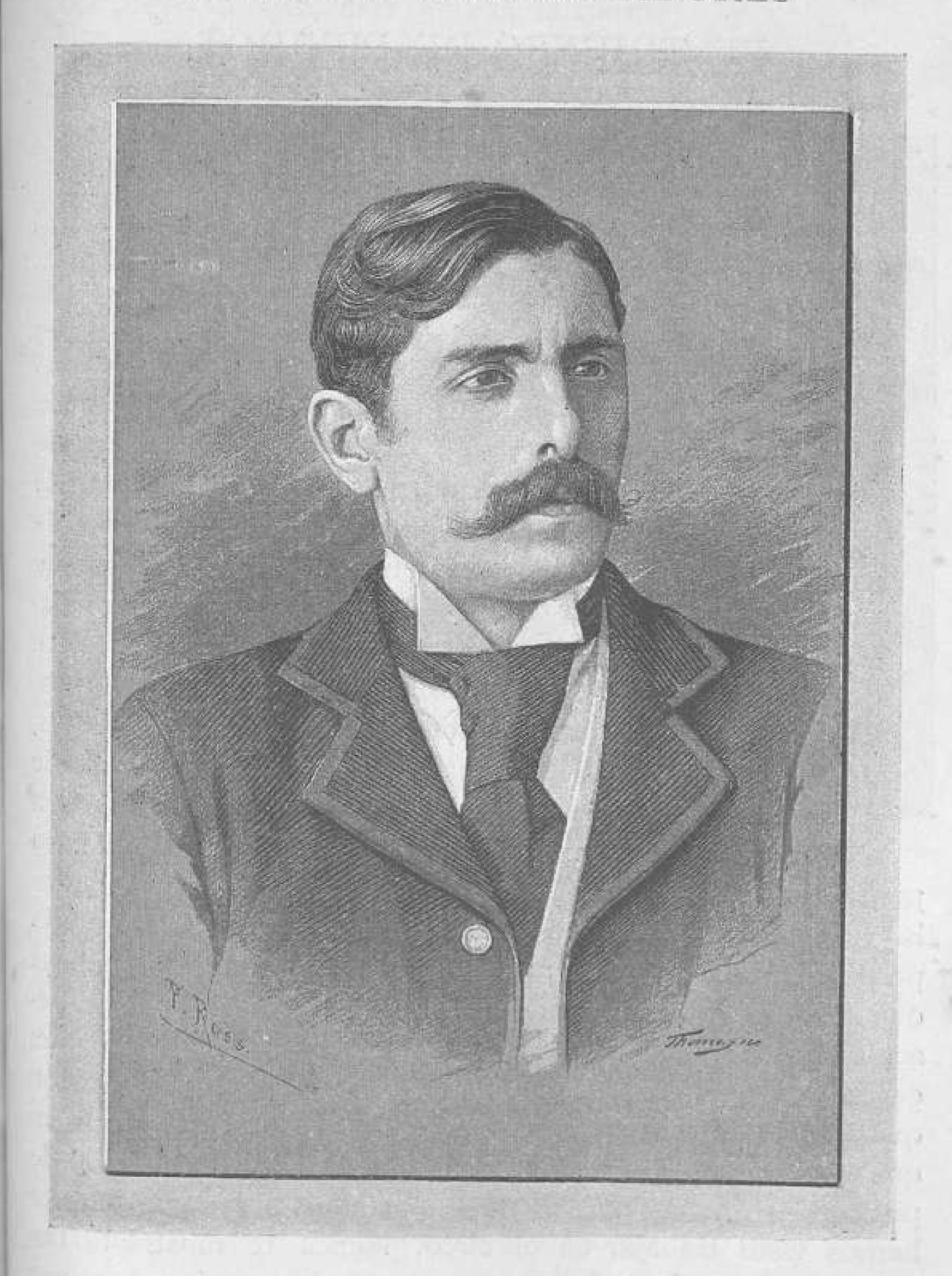
FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

EN UN ÁLBUM

Puso Dios los aromas en el viento;
el abismo en los mares;
el volcán en las grietas de los montes,
¡y en tus ojos el cráter!
El que á la boca inadvertido llega,
explorador ó amante,
entre humo y tierra, y tentación y vértigo,
se precipita... y cae!

ANTONIO F. GRILO

NUESTROS COLABORADORES



D. José Miró

(JULIÁN MARTEL)

DISTINGUIDO NOVELISTA ARGENTINO

EL TRIUNFO DE PIERROT

Á ARMINDO VALDIVIESO

TE adoro, Pierrot. El fúnebre abrazo de tus mangas flotantes debe dar vértigos infernales. Me muero de amor al mirarte la cara macabra. Eres el Romeo de la decadencia, el único capaz de producir el espasmo en los temperamentos finiseculares. Baudelaire es tu autor predilecto, y tu carcajada satánica, que parece repercutir en horrendos abismos, ha destruído las humanas grandezas; porque nadie es más grande que tú ¡oh, burlón implacable, cuya risa se parece á la mueca suprema! El ruido del falso puntapié que das en el picadero ha hecho huir en bandadas las ilusiones de alas azules, que tú has desterrado del mundo para siempre. Te he mandado llamar yo, la mujer orgullosa que desdeña el amor de los reyes, para premiar con mis besos tus hazañas de anoche. Al verte tan alegre y triunfante; cuando el público te aplaudía á rabiar con aquella ovación que te dejó petrificado de gozo, yo, en el fondo del palco en que estaba, me decía que de dónde sacabas ese arsenal de piruetas y gracias que no te conocíamos ni los que más te hemos visto trabajar en el circo. Nunca te mostraste tan ocurrente y tan cómico; pero no puedes quejarte: nunca tampoco rió con más ganas el público, ni tributó sus aplausos con mayor liberalidad. Fué tu apoteosis. Mas dime, ¿cómo lograste arrancar de tu garganta aquellos sonidos extraños

que arrebataron de placer al teatro entero y que han puesto á tus pies á la dama más bella de la tierra?

Pierrot, grave como un sacerdote, respondió:

—Es que se me había muerto mi hijo, señora...

JULIÁN MARTEL.

Buenos Aires, Junio de 1893.

EL CAMALOTE

(INÉDITO)

¡Oh, si en tus tallos pensamiento hubiera
y un corazón sensible como el mío,
cuánta tristeza en tí, hierba viajera,
hierba amada del río!

¡Cuánta tristeza en tí bajo el ardiente
sol de mi tierra que en tus hojas brilla,
mientras vas á merced de la corriente
como leda barquilla!

¿Porque el aire tus hojas inclinadas
acaricia al pasar en vuelo errante,
porque mueve tus flores azuladas,
ciega, vas adelante?

¡Si pudieras oir de los zorzales
(tan argentinos como son) las quejas,
si pudieran decirte los pencales:
¡Te ausentas y nos dejas!

Acaso por su amor te detendrías,
y arraigando en tu suelo americano,
con impulso fatal no correrías
á la muerte, al Oceano.

Yo no te culpo á tí, hierba inocente,
ni eres ingrata huyendo á los fulgores
de la lámina azul de esa corriente
que te vistió de flores.

Otros olvidan por extraño cielo
los viejos astros, del hogar la calma;
otros olvidan su paterno suelo,
otros que tienen alma!

RAFAEL OBLIGADO.

EN PLENO INVIERNO



—¿Conque empeñaste, Miguel,
el sobretodo?
—Sí, Eloy,
y como hace un frío cruel...
—¿Qué intentas?
—Pues, nada, voy
á que me metan en él.

EPIGRAMA

—Tu caricia, bella Alicia,
cara me cuesta: un vestido,
y ya mi mente malicia
el verdadero sentido
de la palabra *caricia.*

ONDAS MUERTAS

En la sombra, debajo de tierra,
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin sorprendidas
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas
hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras en densas tinieblas
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
á perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movible de plata
van copiando los astros del cielo
ó los pálidos tintes del alba;
ellos tienen cendales de flores,
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles níveos
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en regio palacio
sus collares de perlas desgrana.
Ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamantes salpica las hojas
ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan;
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible,
allí es reina colérica el agua;
como igual con los cielos combate,
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
á perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!

La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
como ella de sombras cercadas,
sois vosotras también, las oscuras,
silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie á veros benévolo baja!
¡Y muy hondo, muy hondo se extienden
vuestras olas cautivas que callan!

Y si paso os abrieran, saldríais,
como chorro bullente de agua,
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada...
¡Seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma!

Méjico. MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

RECUERDOS DE UN BAILE

Radiantes hilos de perlas
lucías con esplendor,
y tuve ansias de cogerlas
en mis delirios de amor.

Después, escuché tu risa,
dulce, casta, espiritual,
y ví tu mejor divisa
entre encendido coral.

Mas temiendo tus agravios,
no empañé con mano aleve,
ni el rosicler de tus labios,
ni tu garganta de nieve.

¡Ah! ¡quién puede profanar
lo que el alma en sueños toca:
perlas muertas de la mar,
perlas vivas de tu boca!...

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

Lima, 1893.

EN CUARESMA



—¿Tú con tu esposa?... ¿Y Fulgencia?
¿tronasteis?
—¡No! ¡no tronamos!
aún la adoro con vehemencia;
pero, chico... ¡como estamos
en tiempos de penitencia!

LA DAMA MISTERIOSA



¡Es ella! se dijo Pablo.

Y con el corazón hecho un volcán, se lanzó tras de la airosa tapada.

. . . .

Pablo, á quien un matrimonio, *por conveniencia*, había hecho, según él creía, el ser más desgraciado de la tierra, andaba fugitivo del hogar; era un desertor de las filas del deber, que buscaba en la libertad la dicha soñada, la que parecía huir ante su paso como rosada nube impelida por el viento.

Su mujer era hermosa y rica, pero Pablo no sentía por ella cariño alguno, porque no era el tipo que había soñado su fantasía, y experimentaba al lado de ella el peor de los tormentos, no el de amar sin ser querido, sino el de no querer y ser amado.

Porque Margot, su linda mujer, estaba verdaderamente enamorada de él, y la pobre sufrió lo que no es decible con los desdenes de su ingrato esposo.

En vano trataba de agotar todos los recursos de la coquetería, todas las malas artes que el demonio del despecho sugiere á la mujer, todas las tentaciones de la carne; Pablo la miraba indiferente, y si algún beso depositaba en sus labios era como un copo de nieve cayendo en un capullo de rosa.

—¿Por qué se empeña usted en atormentar á esa infeliz? acababa de decirle la mamá de Margot con acento de amargo reproche.

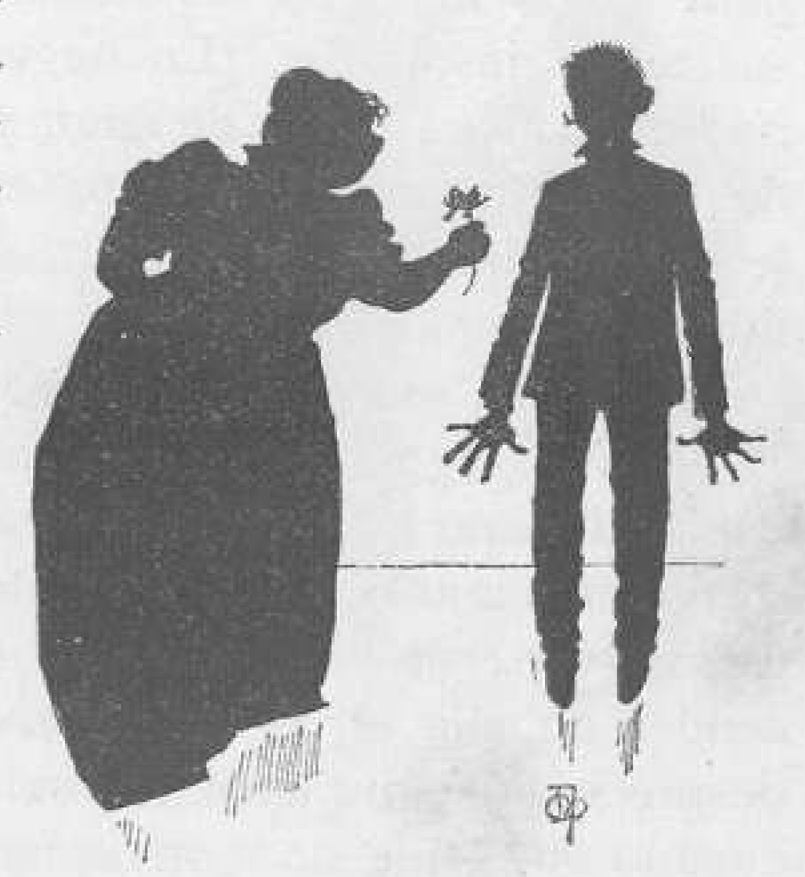
—¿Atormentarla? murmuró Pablo, encogiéndose de hombros.

—Esa es la palabra... ¿No ve usted que la está matando?... ¡Pobre hija mía! ¿Acaso no encierra su corazón verdaderos tesoros de cariño para usted? ¿Acaso no es hermosa y pura? ¡Yo no sé dónde tiene usted los ojos! ¡Despreciar á Margot por otra! Porque usted ama á otra... ¡Ah! ¡no lo niegue usted!

—Le juro...

—Jura usted en falso; anoche le han visto á usted correr tras de una tapada...

Un ligero carmín coloreó las mejillas de Pablo; pero, de una fuerza de voluntad extraordinaria, no tardó en recobrar toda su serenidad y contestó afectando la mayor indiferencia:



—Probablemente me habrán confundido con otro, señora.

—¡No! tengo pruebas de su infidelidad.

—¿Pruebas? repitió Pablo, no del todo tranquilo ante aquella acusación formulada con acento enérgico y seguro.

—Enhorabuena que se muestre usted tibio con Margot, exclamó la mamá, cada vez más airada, puesto que no ha sabido inspirarle el menor cariño; pero al menos no la ofenda prodigando á otra mujer las ternezas que roba á su amor.

—Pero en fin, esas pruebas...

—¿Las quiere usted?

—Sí, porque todo eso no pasa de ser una ruin calumnia fraguada Dios sabe por quién, y ardo ya en deseos de conocer el nombre del miserable que se ha atrevido á tanto.

—Muy seguro está usted de su inocencia.

—Sólo labios infames han podido lanzar tan torpe acusación contra mí.

—¡No, caballero! no son labios infames los que le acusan á usted, dijo la mamá de Margot con una sonrisa cruel.

Y con un movimiento rápido sacó del seno una rosa encendida y la arrojó á Pablo.

—Ya ve usted, añadió con aire de triunfo, que no son labios infames los que le acusan, sino labios de rosa.

—¡Pero, esa flor!... murmuró Pablo, todo confuso y tratando, aunque en vano esta vez, de dominar su turbación.

—Es la que ofreció usted anoche á la misteriosa tapada y que ella no aceptó... quién sabe por qué; probablemente para avivar más con sus desdenes la pasión que ha tenido la suerte de inspirarle. ¿Lo negará usted? de nada le serviría; está usted ciego de amor y no ha visto, al lanzarse tras de la desconocida, que ojos celosos espiaban sus pasos y le sorprendían en flagrante... ó *fragante* delito de infidelidad.

Y señaló, sonriendo, la rosa.

—Creo, agregó, que adivinará usted fácilmente cómo ha venido á parar á mis manos esta flor; estaba en su cuarto y la recogí esta mañana del suelo, donde la arrojó usted anoche con desdén, sin sospechar siquiera que su acción pudiera encender en ella el deseo de vengarse... Hizo usted mal en despreciarla, como hace mal en despreciar á su mujer, porque cuando se ofende sin motivo, hasta los cálices de rosa pueden convertirse en cálices de amargura.

—¡Concluyamos, señora! exclamó Pablo, impaciente; odio á los moralistas y no tengo la cabeza para sermones.

—Pues bien, caballero; Margot no sabe una palabra de todo esto; pero si insiste usted en olvidar sus deberes de marido se lo revelaré todo, y no se queje usted, si arrastrada por la desesperación, provoca un escándalo social.

—¡Bah! me río de sus amenazas.

—Su conducta de usted es inicua, caballero, y eso no puede continuar así; que un marido se olvide de vez en cuando de su mujer, pase; que tenga ciertas... debilidades, pase también; pero que públicamente ofenda á su esposa requiriendo de amores á la primera que encuentra en su camino,

como á esa misteriosa tapada... que Dios sabrá por qué se oculta el rostro, ¡eso no tiene perdón, amigo mío!

Pablo no contestó; tomó el sombrero y se fué á la calle.

—¿Qué te sucede? ¡estás agitado!... le dijo un amigo íntimo, llamado Sánchez que encontró al paso.

—No es nada, contestó Pablo con la mayor naturalidad; acabo de huir de mi casa.

—¿Has reñido con tu mujer?

—No; hace un siglo que no la veo.

—Entonces ¿qué ocurre?

—Ocurre que mi suegra ha descubierto mis amores con la desconocida y no he tenido paciencia para escuchar sus recriminaciones. ¡Ay! ¡esto no es vivir!

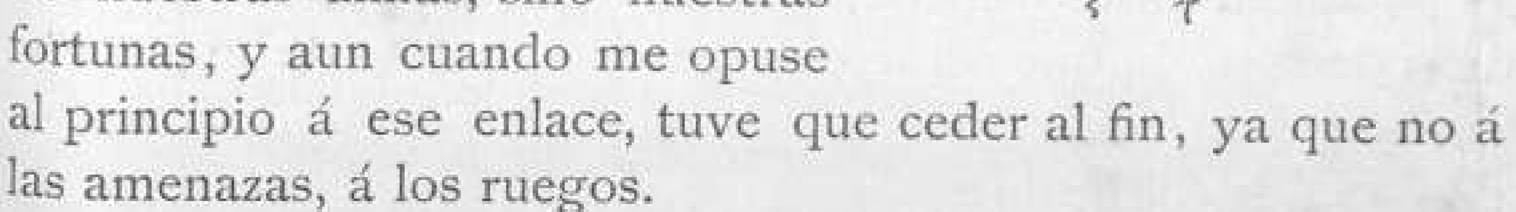


—¿No amas á Margot?

—Creo que no la he amado nunca.

—Parece mentira... ¡una mujer tan bella!

—Misterios del corazón. Mis padres y los suyos concertaron nuestra boda, deseosos de unir, no nuestras almas, sino nuestras fortunas, y aun cuando me opuse al principio á ese enlace, tuve que ceder al fin, ya que no á las amenazas, á los ruegos.



—Y os unieron... en *patrimonio*.

—Dices bien. Desgraciadamente Margot estaba perdidamente enamorada de mí y no me quedó siquiera el consuelo de los que se casan por razones de conveniencia: el de seguir soltero en el matrimonio. Ahora mismo la mamá de Margot me ha amenazado con un escándalo,—y con un escándalo social, que es peor,—si no dejo de perseguir á la desconocida, á esa hechicera tapada de que te he hablado varias veces y que me tiene sorbido el seso.

—¡Y que ha rechazado probablemente tus galanterías!

—No, pero se obstina en que no la siga, lo cual quiere decir que no la disgusta; á las mujeres hay que entenderlas siempre al revés.

—¿Sabes dónde vive?

—No lejos de esta calle.

—¿Y no has tratado de saber quién es ella?

—Naturalmente, pero ninguno de sus vecinos la conoce; la ven entrar todas las noches en la misma casa, donde habita un viejo matrimonio que no se trata con nadie del barrio y del que suponen es hija, y eso es todo lo que saben... es decir, todo no, porque hay quien sabe algo más: según me refería esta mañana una vecina, solterona, que se dedica á la murmuración, pocas horas después de haber entrado en la casa la dama misteriosa, suele detenerse un coche delante de la puerta, al que sube aquélla, no sin tomar algunas precauciones, y se aleja rápidamente de aquellos sitios. ¿A dónde se dirige? no se sabe.

—Debe ser alguna aventurera.

—Sea lo que fuera, tengo mi plan formado, y como el diablo me ayude un poco...

—¿Qué intentas hacer?

—Pues nada, apoderarme de ella por sorpresa.

—¿Apoderarte de ella? ¿Dónde?

—En su mismo coche; no creo que el cochero sea tan duro de corazón que no se enternezca á la vista de un puñado de monedas.

—¿Y si ella grita?

—La pondré una mordaza... de besos, y como el cochero conozca algo sus deberes...

—Lo que intentas es una locura.

—Lo único que temo es que la mamá de Margot, que me sigue la pista y me ha sorprendido ya, según parece, con mi gentil tapada, trate de desbaratar mis proyectos; pero esto no ha de hacerme desistir de mi idea.

—Pues, chico, yo creo que estás mal de la cabeza; en fin, me alegraré que te alivies.

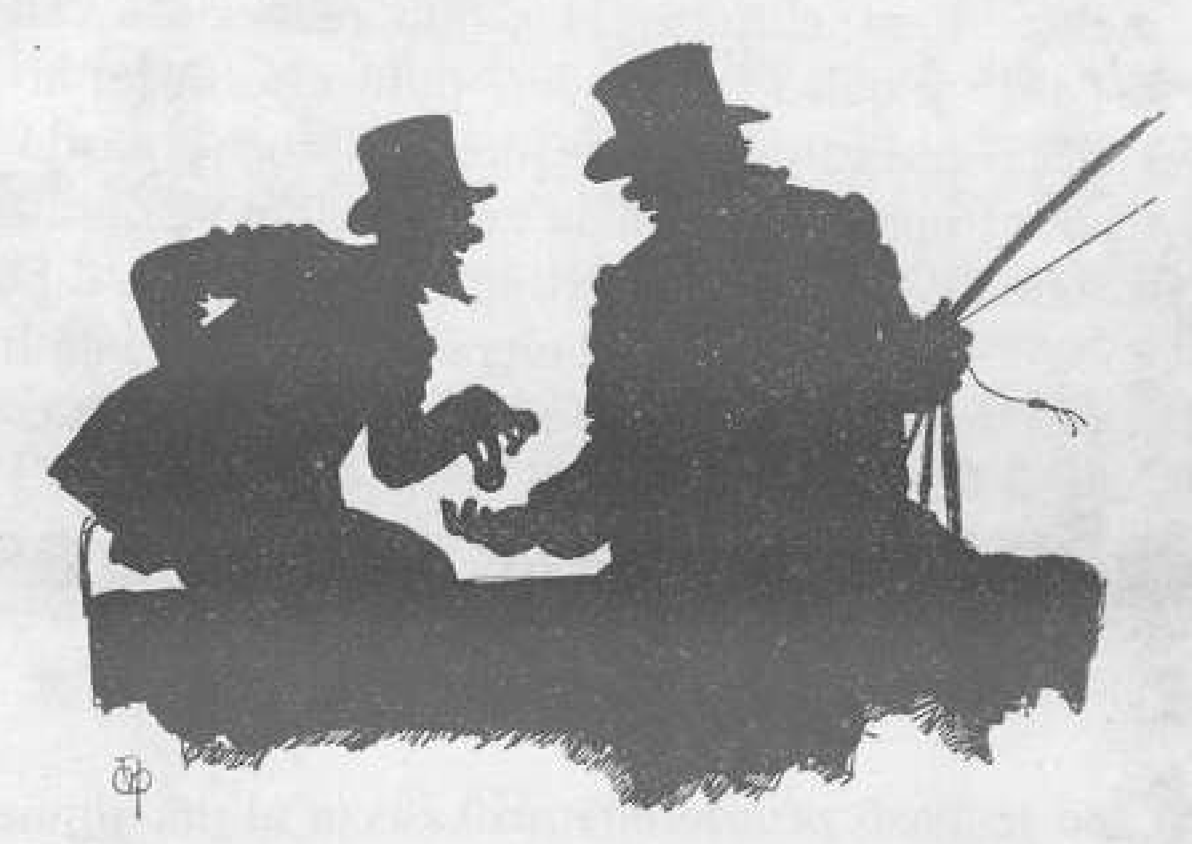
Y el amigo Sánchez, después de estrechar la mano de

Pablo, se alejó rápidamente en dirección opuesta. Éste siguió, pensativo, su camino, y se detuvo por fin en una esquina.

Un cuarto de hora habría transcurrido apenas, cuando apareció ante sus ojos, esbelta y adorable, una mujer, cuyo rostro cubría negro velo.

—¡Es ella! murmuró Pablo.

Y con el corazón palpitante y los ojos encendidos, fuese tras de la dama, prodigándola ardientes palabras de amor, á las que no contestó ella, y la siguió hasta el mismo dintel de su casa, que era como llegar hasta el mismo dintel del cielo.



—Es necesario que yo venza sus rigores, se dijo Pablo, más enardecido que nunca, al desaparecer la tapada.

Y se dirigió á un café cercano, donde permaneció en acecho algunas horas, que le parecieron otros tantos siglos.

La luna, en tanto, se había ocultado tras espesos nubarrones, como si quisiera echar un manto de sombras sobre la escena que iba á ocurrir.

De pronto un coche dobló la esquina y Pablo hizo señas al cochero.

—Está tomado, dijo el auriga con brusco acento; me esperan ahí cerca.

Y señaló en dirección de la casa donde había entrado la desconocida.

—¡Aguarda! dijo nuestro calavera.

Y encaramándose de un salto al pescante, habló en voz baja al cochero, el cual empezó por hacer con la cabeza un enérgico signo negativo y acabó por quitarse cortesmente el sombrero... y alargar la mano.

—¡Cuando decía yo que el tunante se iba á enternecer! murmuró Pablo sonriendo.

Y saltando del pescante, entró en el carruaje y corrió las cortinillas.

Dos minutos después la tapada subió ligera al coche, donde se sintió retenida por dos brazos que se enroscaron amorosamente á su cintura; la dama misteriosa lanzó un grito de espanto y quiso retroceder, pero era tarde; la portezuela se había cerrado con estrépito y el coche partió como una exhalación, apagando con su ruido las angustiosas voces de la desconocida, que fueron extinguiéndose poco á poco.

—¡Diablo! dijo nuestro calavera; parece que se ha desmayado... puesto que el infierno me ayuda, quiero ver si es tan bella como la soñó mi fantasía.

Y arrancando el velo que cubría el rostro de la dama, la miró á la luz de un fósforo... y quedó aterrado.

¡Era su mujer!

. . . .

—¿Y se le pasó pronto el susto? decía al día siguiente el amigo Sánchez, sonriendo maliciosamente, á nuestro calavera.

—¡Ya lo creo!... ¡como que era fingido! El caso es que yo ignoraba por completo que en aquella casa misteriosa viviesen los tíos de Margot, á quienes sólo he visto una sola vez, la noche de mis bodas, y por los que he sentido siempre la más absoluta indiferencia. Por lo demás, ¿cómo iba á sospechar que tú, el amigo Sánchez, el más fiel de los amigos, me hubiese hecho traición descubriendo mis planes á la *desconocida?* ¿Conque sabías el ardid de que se valía mi mujer para atraerme á sus brazos y hacerme avergonzar de mí mismo, convirtiéndome en ladrón de mi propia honra, y nada me dijiste? ¡merecerías!...

—Las gracias, Pablo.